

1974

30 años

de BIBLIOTECA
AYACUCHO

2004

1974
2004

30 años

de BIBLIOTECA
AYACUCHO

Consejo Directivo

Stefania Mosca
presidenta

Luis Britto García

Freddy Castillo Castellanos

Luis Alberto Crespo

Humberto Mata

Gustavo Pereira

Manuel Quintana Castillo

© Biblioteca Ayacucho 2004

Hecho Depósito de Ley

Depósito Legal If: 50120049001126

Dirección editorial: Oscar Rodríguez Ortiz

Producción editorial: Elizabeth Coronado

Asistencia de producción: Henry Arrayago

Corrección: Estela Aganchul

Edición electrónica: María Elena Takkas

Diseño gráfico: Pedro Mancilla

Preprensa electrónica: Desarrollos Compumedia

Impresión Editorial Arte

PRESENTACIÓN

El porqué Biblioteca Ayacucho nació en Caracas en 1974, ha tenido siempre varias explicaciones y una de las más evidentes ha resultado la geopolítica. Por esa época, las dictaduras militares imperaban en el Cono Sur. Ese era, a primera vista, el centro editorial casi como lógico para emplazar un proyecto que requería adicionalmente infraestructuras académicas seculares. Pero, desde luego, semejantes regímenes hacían impensable hasta la simple conjetura de que en una misma colección de libros estuviera, junto a Borges, García Márquez, o una antología del pensamiento conservador continental se acompañase con una dedicada al utopismo socialista, y no se diga que los prólogos fueran confiados a intelectuales de la diáspora, perseguidos por esos mismos dictadores, al lado de escritores que decían no tener que ver con la política o estaban con el estatus.

Desde luego, que otros lugares con mayor tradición editorial existían en la época aparte de Caracas, de industria editorial recién nacida, pero se daba el caso de que aquí se reunían otros elementos que han servido para la segunda explicación del origen de Biblioteca Ayacucho. A mediados de la década de los

setenta del siglo XX, como repiten hasta los comentaristas más rústicos, Venezuela disfrutaba de una enorme renta petrolera que le daba margen hasta para la extravagancia o el lujo de financiar una editorial de dimensiones latinoamericanas. Parece, sin embargo, que el país como que contaba con otros recursos intangibles y ciertos para hacer realidad el intento.

Pese a todo, pues, incluso por lo que se desprende de muchas páginas de su diario, Venezuela resultó la sede de la editorial y es muy conocida la historia de cómo Ángel Rama, por suerte para este país y también para él sin duda alguna, acabó instalado en Caracas. Aquí fue el panelista obligado de los foros importantes, el declarador permanente cada vez que la prensa quería un poco de controversia para estremecer el medio, el profesor idolatrado por sus alumnos y, mucho más, el sujeto incansable y experimentado que combinaba todo eso con lo que hacía mejor: escribir artículos inmediatamente transformados en libros y hacer libros ajenos pues no sólo editaba sino que incitaba a escribir. Pero de esta historia se ha recordado menos, y casi siempre de paso, el hecho de que en Caracas Rama conoció a José Ramón Medina. También editor, pues de muchacho comenzó por ser tipógrafo, periodista, poeta de destacada carrera literaria, pública y académica, sus varios prestigios le abrieron sin duda las puertas del alto gobierno venezolano hasta donde llegó una mañana en compañía del locuaz uruguayo.

Nada más distinto que el dúo Rama-Medina, en estilos, formación, sensibilidades y hasta en estatura física, pero nada más complementario, como la historia ha probado en la fábula, de qué haría el soñador sin el organizador. Medina, que movía cielo y tierra para que no le rebajaran el presupuesto ofrecido. Medina, que no dejaría morir la editorial cuando Rama murió en un accidente aéreo. Rama, que casi se peleaba y se peleaba de hecho con quienes prometieron un prólogo para mayo y en septiembre no se daban por enterados, de ahí que estuviera obligado a cambiar la programación a última hora y a vivir la agonía de los ajustes y las sorpresas. Rama, que tenía en su cabeza la cultura como conjunto.

Hasta las más altas esferas llegaron, pues, los planteamientos de un propósito tan necesario pero con algunos visos de descabellado, toda vez que los intentos anteriores similares no perduraron y con frecuencia no cuajaron. La idea tuvo sin embargo eco y respuesta gubernamental y al conseguirla se patentizó lo evidente e indispensable de volver a editar a los clásicos latinoamericanos de siempre, algo tan esperable como la inmediata adhesión de la comunidad intelectual latinoamericana de todas las edades y tendencias y algo tan complicado como hacer que un Estado con el funcionamiento peculiar de nuestras repúblicas, mantuviera inalterable el compromiso de seguir financiando el proyecto para que Biblioteca Ayacucho, pese a

sus altos y bajos, llegue ahora a los treinta años de vida y pretenda seguir más lejos.

Luego de tanto tiempo, todavía es de reconocer que el presidente venezolano Carlos Andrés Pérez no hubiera despedido a Medina y Rama con mucha deferencia pero sin tomar las medidas inmediatas para que lo acordado fuera pronto un hecho real. Se designó así una comisión editora compuesta de eminentes que no vacilaron en prestar su nombre, se dotó a la novísima editorial de la estructura jurídica y administrativa propia de una fundación independiente en su manejo y sus criterios en todos los órdenes. Es de señalar asimismo que la independencia para elegir sus títulos, autores y colaboradores ha permanecido inalterable a lo largo de varios gobiernos distintos y cambiantes. Autonomía para que, como se hace palpable en el catálogo, no existan las esperables discriminaciones por razones estéticas, que suelen ser una de las más frecuentes intolerancias entre intelectuales y artistas, así como, si alguien se queja de que algún autor o tema están ausentes, no puede sostener con decencia que no figuran en razón de segregaciones políticas, generacionales, religiosas y todas las otras que señalan los derechos humanos universales. Más bien, si algo se percibe es, exactamente, cómo poco a poco se ha ido tejiendo un entramado, inconcluso todavía, del que ya se perfilan las relaciones secretas entre textos sumamente lejanos en el tiempo, la intención, el país, etc.

Si de circunstancias se trata, también es imposible olvidar que en el momento en que nace Biblioteca Ayacucho la literatura latinoamericana, y muy claramente la hispanoamericana, en particular su novela, viven uno de los mejores momentos, por las razones que sean: desde las comercialmente más fenicias y peligrosamente capitalistas, hasta la apreciación de semejante auge como una auténtica época de efervescencia creativa y cultural simultánea en casi todos los países. El gran momento de la novedad y de la novelería al que responde, como parece que nunca antes, una extensa tasa de población lectora, que, adicionalmente, se entusiasma por el fenómeno de lo nuevo y lo disfruta en tanto espectáculo. Desde luego, cada uno de esos hechos y sus explicaciones provocaron las consiguientes y legendarias polémicas entre los intelectuales protagonistas, y hasta quienes denunciaban la impostura y el peligro resultaban, por otra parte, unos personajes públicos y populares a quienes los lectores perseguían en demanda de autógrafos. Y no un simple fenómeno de estudiantes, de jóvenes, de muchachos revoltosos o preocupadísimos meditadores, o de antojados profesores.

Lo curioso sería, además, apreciado a distancia de treinta años, que en la exacta edad de la tal novelería o de lo nuevo, se hiciera más urgente la necesidad de colocar las cosas en perspectiva ofreciendo a esos nuevos contingentes de lectores, cualesquiera fue-

ran sus motivaciones, la posibilidad de tener un horizonte de conjunto con nuevas ediciones de las obras consagradas, al lado de las modernas, a fin de suministrar el ingrediente primario para percibir las conexiones de una cultura, puesto que lo que hemos hecho en Latinoamérica merece ese nombre y es susceptible de una organización sistemática con esquemas que cada época debe inventar a fin de reactualizar y volver a asumir lo que se tiene. Si algo tangible ha aportado Latinoamérica a la cultura universal no son sus pintorescos y macabros dictadores sino una cultura –literatura, música, artes plásticas, etc.– en la que se descifra la humanidad pero también lo peculiar en lo diverso.

Biblioteca Ayacucho nació entonces centrada en un eje: sí, volver a editar a los clásicos del continente, rescatar muchos libros que fueron quedando olvidados o padecieron la infeliz circunstancia de imprimirse en un modesto número de ejemplares y en lugares que no le brindaron el lugar que sabemos tienen para la cultura del conjunto. Pero, mucho más que todo esto, de lo que se trataba y se sigue tratando es que esos monumentos clásicos, antiguos y recientes, sean leídos desde esta época, con los ojos de ahora y que nuestra mirada temporal quede grabada en los prólogos, notas y aparatos eruditos que acompañan esos libros venerables. Ángel Rama, con la penetración que le era propia, dijo que la manera de evitar que el pasado –nuestras glorias y nuestros desastres– no se convirtiera en

mito y en elemento irracional inmanejable, era sometiéndolo a la razón, al estudio. Ese concepto ha sido el centro doctrinal de Biblioteca Ayacucho en su historia vivida, puesto que las editoriales también se viven, es decir, se disfrutan y padecen.

La presencia de Rama en Caracas fue provechosa, entre otra muchas cosas también, porque le permitió entrar en contacto con la obra de un escritor tan peculiar como Rufino Blanco-Fombona. Al estudiar los diarios del venezolano, Rama, el veterano investigador del fenómeno modernista y de los orígenes de la modernidad latinoamericana, disfrutó mucho la stendhaleana personalidad de este “egotista” que lo mismo combate a un dictador, rompe o se reconcilia con Darío, seduce a una monja, es gobernador de una provincia en España durante la Primera República, o desde Madrid emprende, en el sentido de caballero andante que puede tener esta palabra, nada menos que el proyecto, que parecía quimérico, de crear una enorme editorial pensada para los hispanoamericanos, incluso con la colaboración de brasileños. Es sabido que en 1924, al celebrarse el primer centenario de la Batalla de Ayacucho, Blanco-Fombona creó dentro de su editorial, que ya llevaba varios años de vida, una colección de libros a la que llamó “Biblioteca Ayacucho”, dedicada a los temas de historia. Su intención era volver a publicar libros olvidados de nuestro acervo, pero, mucho más, poner a trabajar a la comunidad

intelectual del momento en reinterpretaciones de la historia latinoamericana. Es clarísimo entonces que si Rama-Medina consiguieron el respaldo del gobierno venezolano para su proyecto, era muy apropiado lanzarlo en 1974 y que llevara el nombre inventado por el venezolano precedente, Blanco-Fombona. En un primer registro la elección permitía la glosa patrioterica venezolana que ya se conoce y no se diferencia mucho de la argentina o la mexicana: la batalla final, la épica, la última gesta armada, etc. La diferencia estuvo en que Ernesto Sábato, quien hizo el discurso inaugural de la nueva editorial, sí se vio obligado a transitar por los lugares comunes de la "segunda independencia", pero colocó el asunto en la verdadera dimensión de un continente mayor de edad, capaz de enorgullecerse de lo que ha hecho, por lo menos en el campo de las letras, las que le aportan una auténtica conciencia de pueblo y le dan una garantía de mejor futuro.

Sin embargo, la relación ente Biblioteca Ayacucho y Blanco-Fombona requiere un complemento que acaso ilumine mejor la secuencia entre los dos proyectos del mismo nombre e intención ecuménica. Perteneciente a un esquema mayor, la cronológicamente primera fue parte de la Editorial América, organizada en distintas colecciones: la Biblioteca Andrés Bello, para literatura; la de Ciencias Políticas y Sociales; la de Juventud Hispanoamericana; la de Obras Varias. Tuvo asimismo otras como la Biblioteca de Autores

Célebres, una Biblioteca Porvenir, e igualmente la Biblioteca "Novela para todos". Un somero repaso de los distintos catálogos predicaría las excelencias de una empresa que lo mismo revalora en los años veinte a Bolívar, frente a algunos españoles y argentinos, que a José María Paz o a Lord Cochrane, que publica a Fray Servando Teresa de Mier, al igual que las varias biografías de Carlos Pereyra, que se ocupa de Pizarro como de Humboldt, edita a José Ingenieros como a Lenin, Nerval, Vigny, Tostoi, Gorki, Dostoievski y hasta los diarios del escrupuloso Amiel, que hace traducir especialmente al español, lo mismo que ocurre con las críticas literarias de Saint-Beuve. Ni el más escaso de sesera podría deducir que detrás de todas estas firmas hay un propósito eurocéntrico, extranjerizante, pseudo cosmopolita, cuando, por el contrario, se trata, precisamente, de una gran editorial dirigida a los más variados intereses y necesidades de los lectores hispanoamericanos, que tienen derecho a abordar todos los temas y autores, a juzgar con su propia cabeza, a fin de no tener que pasar por lo que le brinden digerido las aduanas de París, de Londres o Nueva York. Y junto a esos escritores de circulación universal, Blanco-Fombona se ocupa de que otra vez Sarmiento y Andrés Bello, Martí o González Prada tengan un lugar y una proporción equivalentes.

Si los catálogos de la Editorial América pueden parecer incoherentes o algún lector malintencionado

o envidioso, la ponencia que Blanco-Fombona presentara en Madrid hacia comienzos de los años veinte podría resultar un documento decisivo para la historia del libro latinoamericano, tanto como el texto redactado en 1981 por Ángel Rama sobre los objetivos y fundamentos de la moderna Biblioteca Ayacucho. El primer texto mostraría que acaso ningún escritor latinoamericano de su época tuvo tan claro el fenómeno del libro en tanto objeto y hasta mercancía, no se hable de su desempeño como instrumento doctrinal y estético. Blanco-Fombona maneja cifras sobre consumo de papel en varios países del continente y a su siempre polémica observación no escapa que su hispanofilia contiene toda la acidez de un crítico implacable: qué libros escritos por españoles van a leer los hispanoamericanos si consiguen una literatura anquilosada y retórica y si cuando necesitan nutrimento se ven forzados a ir directamente al francés o al inglés. Los españoles de la Península, si quieren ser leídos en América, deben tener presente algo así como la naturaleza cultural autónoma de su mercado ultramarino. Habla asimismo de las metrópolis y de los imperios culturales con una visión de conjunto propia de quien está empeñado en hacer como editor no sólo los libros necesarios sino grandes libros.

Como la segunda Biblioteca Ayacucho, la primera tuvo igualmente unas razones geopolíticas ejemplares. En qué lugar mejor que en España los hispanoa-

mericanos de los años diez-veinte del vigésimo siglo podrían ir a buscar una plataforma, una infraestructura y una experiencia editorial asentada. Había la favorable oportunidad de la vida republicana en un país tan empedernidamente monárquico y teocrático. España, superado el trauma del 98, hasta movía sus industrias. Paralelamente, todavía lo hispanoamericano tenía la buena acogida que las magníficas relaciones de los modernistas habían establecido con sus seguidores del Viejo Mundo. Basta apenas pensar en cómo los mejores se conmovieron con el anuncio de la muerte de Darío, en fecha tan tardía como en 1916. Por si fuera poco, la América hispana había tenido que padecer el aislamiento que significó la Gran Guerra en todos los órdenes, incluso el editorial, pese a las prodigiosas ediciones hechas, por ejemplo, en el Chile de la época. Hay más sobre este asunto, pero es suficiente para lo que se argumenta aquí.

Pero tampoco este discurso editorial de Blanco-Fombona es nuevo en su sentido más neto y original ni puede ser interpretado debidamente sin colocarlo de una manera más amplia en un contexto y en una secuencia histórica mayor. Eso de fomentar las producciones de los propios americanos, de seguir lo que hacen, de divulgar lo que los extranjeros han escritos sobre ellos, de abrir su entendimiento y sensibilidad a lo que se piensa en el mundo y a lo que tenemos derecho, se encuentra ya en los sendos prospectos que,

respectivamente, primero en *La Biblioteca Americana* de 1823 y luego en *El Repertorio Americano* de 1826, concibieran el colombiano Juan García del Río y el venezolano Andrés Bello. La mano y el cacumen del humanista caraqueño se sienten no sólo en las silvas americanas o en las disquisiciones sobre ortografía, en la elaboración de elementos de juicio sobre la poesía de Olmedo, así como en juntar datos para las efemérides americanas o reproducir los discursos de algunos presidentes hispanoamericanos de la época, o en acumular estadísticas y divulgar invenciones que nos puedan ser útiles. La conciencia americana que evidenciara en Londres o en Santiago, alimenta la filosofía de esa empresa de integración cultural en una fecha tan temprana. Ambas publicaciones eran mucho más que unas revistas y por su extensión física compiten con apretadas antologías enciclopédicas en su temática. Es el mismo proyecto ecuménico, universalista, de poner juntos como bien de todos la cultura intelectual que hacemos todos. Y, otra vez, una empresa, que no prosperó por falta de apoyo económico, colocada en su preciso parámetro geopolítico: en el mundo occidental de los años veinte del siglo XIX, ningún lugar era más conveniente para los hispanoamericanos partidarios de su causa natural –la libertad y autonomía política y cultural– que tener una plataforma o una cabeza de playa en Londres. Con España estábamos en guerra. Francia o Austria eran dominadas por la reac-

ción antinapoleónica. Además, y así lo dicen los prospectos de estas dos monumentales grandes revistas, si es indispensable que los hispanoamericanos sepamos lo que cada uno hace, no es despreciable aprovechar el interés que sobre esta América tienen otros europeos y particularmente los ingleses, aunque sepamos que nunca ha sido un amor desinteresado.

De manera que el proyecto Rama-Medina es un capítulo del proyecto de Blanco-Fombona, que asimismo deriva de la brillante iniciativa de García del Río-Bello y de otros que se han intentado en otros puntos de Latinoamérica a lo largo de su historia republicana. Lo interesante es que nadie reclama la patente de originalidad sino que más bien se siente más solidificado en lo que hace porque puede apelar a una experiencia, a un mismo y constante propósito dotado de una magnífica historia. El trance de una verdadera cultura gira siempre entre la tradición y la invención. Esta sería, en nomenclatura de Blanco-Fombona, una especie de hidalguía de alma. A los venezolanos de varias generaciones y épocas nos complace mucho haber tenido parte tan decisiva en hacer esa historia verdadera.

Oscar Rodríguez Ortiz
Director Editorial

Años ha que los amantes de la civilización americana deseaban la publicación de una obra periódica, que defendiese con el interés de causa propia la de la independencia y libertad de los nuevos estados erigidos en aquel Nuevo Mundo sobre las ruinas de la dominación española: de una obra que, fuera de tratar los asuntos literarios más a propósito para despertar la atención de los americanos, concediese un lugar preferente a su geografía, población, historia, agricultura, comercio y leyes; extrañando lo mejor que en estos ramos diesen a luz los escritores nacionales y extranjeros, y recogiendo también documentos inéditos. ¿Cuántos de éstos, por la falta de proporciones para publicarlos en América, yacen sepultados en las arcas de los curiosos? ¿Cuántos perecen en manos de la ignorancia y la desidia, defraudando a la patria de noticias útiles, y a sus autores de la alabanza y gratitud públicas? Una obra como la que hemos indicado, al paso que conservase estas producciones interesantes, contribuiría probablemente a multiplicarlas; y cuando no se esperase recoger de ella otro fruto, creemos que éste solo debería recomendarla a todo americano ilus-

trarlo, que amase la gloria y el adelantamiento de su patria.

En el estado presente de América y Europa, Londres es acaso el lugar más adecuado para la publicación de esta obra periódica. Sus relaciones comerciales con los pueblos trasatlánticos le hacen en cierto modo el centro de todos ellos; y los auxilios que la circulación industrial suministra a la circulación literaria son demasiado obvios para que sea necesario enumerarlos. Pero Londres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes. Rica en sí misma, reúne las riquezas de sus vecinos; y si en algún ramo de las ciencias naturales les cede la palma de la invención o de la perfección, hace a todos ellos incomparable ventaja en el cultivo de los conocimientos más esencialmente útiles al hombre, y que más importa propagar en América.

Dudamos también que una obra de esta especie pudiese darse a luz con igual libertad en ninguna otra parte de Europa; y el estado del arte tipográfico en América haría sumamente difícil la impresión de un periódico de tanta extensión como la que requieren los objetos arriba indicados.



AL
PUEBLO AMERICANO.

LOS EDITORES.

Grabado que se reproduce como frontispicio de las revistas
Biblioteca Americana (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-1827).

EL
R E P E R T O R I O
AMERICANO.

TOMO PRIMERO.

OCTUBRE DE 1826.

LONDRES :
EN LA LIBRERIA DE BOSSANGE, BARTHES I LOWELL,
14, GREAT MARLBOROUGH STREET.
1826

Portada de la revista *El Repertorio Americano* publicada en Londres
por García del Río y Andrés Bello.

Tales fueron las consideraciones que tuvimos presentes para la publicación de la *Biblioteca Americana*, que empezó a salir en Londres el año de 1823. No se nos ocultaba la debilidad de nuestras fuerzas para llevar a cabo tamaña empresa; pero creíamos que en abrir solamente el camino hacíamos ya un servicio importante a nuestros compatriotas; y nos lisonjeábamos de que, reconocida la utilidad de la obra, y lo difícil del acierto, se nos auxiliaría con luces y noticias, y se mirarían con indulgencia los defectos de la ejecución, sobre todo en los primeros ensayos. No nos equivocamos en este concepto. El favor con que el primer tomo de la *Biblioteca* se recibió en América, excedió en mucho nuestras esperanzas. El número de ejemplares impresos, aunque considerable, no bastó a satisfacer la demanda; y de todas partes se recibieron comunicaciones lisonjeras, que alentaban a continuar la empresa y ofrecían auxilios para llevarla adelante.

Obstáculos que no pudimos prever ni superar, habían ya suspendido la publicación del segundo tomo. Afortunadamente, la parte que han tomado en la de este periódico los señores Bossange, Barthes y Lowell, librereros en Londres, y Bossange padre, en París, nos permite poner otra vez manos a la obra, con la perspectiva de que su continuación no dependerá de contingencias semejantes a las que la interrumpieron la primera vez; de que un sistema mejor combinado en

la distribución y circulación de los ejemplares los llevará a manos de los lectores trasatlánticos en el término más corto posible, aprovechando siempre las primeras ocasiones que se presenten en los puertos de la Gran Bretaña; y de que en las circunstancias cada día más prósperas de los nuevos estados, la constancia de nuestros esfuerzos para merecer la aprobación de sus ilustrados ciudadanos, y nuestra docilidad en seguir las indicaciones que se nos hagan, tanto en orden a la clase de materias como al modo de tratarlas, nos asegurarán su buena acogida, y los excitarán a favorecernos con materiales y comunicaciones.

Desde luego nos hemos propuesto hacer la obra aun más rigurosamente americana que cual la concebimos y trazamos en nuestro prospecto de 16 de Abril de 1823; y con esta mira reduciremos mucho la sección de Ciencias naturales y físicas, limitándola a puntos de una aplicación más directa e inmediata a la América, y contentándonos bajo otros respectos con dar una ligera noticia de las mejores obras que de ellas se publiquen.

En las otras dos secciones de humanidades y ciencias intelectuales y morales, es también nuestro ánimo descartar todo aquello que no nos parezca estar en proporción con el estado actual de la cultura americana.

A estas variaciones en la sustancia acompañarán otras en la forma, con el objeto de hacer menor

el coste, y más moderno el precio de la obra, que sólo tendrá ya una estampa, y de 300 a 320 páginas de impresión; pero que en limpieza y corrección tipográfica no será inferior a la *Biblioteca*.

Nuestro periódico, diferente ya bajo algunos respectos del que publicamos en 1823, tendrá por consiguiente otro título.

Pero el Repertorio Americano (que así lo nombraremos) seguirá puntualmente el plan de la *Biblioteca* en cuanto a dar un lugar preferente a todo lo que tenga relación con América, y especialmente a las producciones de sus hijos, y a su historia. Trataremos (como lo anunciamos en aquella obra) la biografía de los héroes y demás varones claros que han ilustrado nuestro país, acompañando, siempre que nos sea posible, sus venerables efigies. Por medio de ensayos originales y de documentos históricos, nos proponemos ilustrar algunos de los hechos más interesantes de nuestra revolución, desconocida en gran parte al mundo, y aun a los americanos mismos. Es también nuestro ánimo sacar a luz mil anécdotas curiosas, en que resplandecen, ya los talentos y virtudes de nuestros inmortales caudillos, ya los padecimientos y sacrificios de un pueblo heroico, que ha comprado su libertad a más caro precio que ninguna de cuantas naciones celebra la historia, la clemencia de unos, la generosidad de otros, y el patriotismo de casi todos. Adoptando bajo este respecto la opinión de un escritor distinguido,

creemos que “el patrimonio de todo país libre consiste en la gloria de sus grandes hombres.”

En una palabra, examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el Nuevo Mundo las artes y las ciencias, y de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de comunicación, y se le ensanchen y faciliten los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzosas con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres y las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo: he aquí la tarea noble, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor de la patria.

Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ninguno de nuestros estados o pueblos; escribimos para todos ellos, y el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente *americano*.

Adoptaremos todo aquello que pueda ser útil, y hablaremos el lenguaje de la verdad. Amamos la libertad, escribimos en la tierra clásica de ella, y no nos sentimos dispuestos a adular al poder, ni a contemporizar con preocupaciones que consideramos perniciosas.

¡Felices nosotros si conseguimos, en premio de nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo; que la naturaleza despierte al ingenio de su dilatado sueño, y nazcan a su voz los talentos y las artes; que a la luz de la filosofía se disipen mil errores funestos; que civilizado el pueblo americano por las letras y las ciencias, sienta el benéfico influjo de las bellas creaciones del entendimiento, y recorra a pasos gigantescos el vasto camino abierto al través de las edades por los pueblos que le han precedido; hasta que llegue la época dichosa, en que la América, a la sombra de gobiernos moderados, y de sabias instituciones sociales, rica, floreciente, libre, vuelva con usura a la Europa el caudal de luces que hoy le pide prestado, y llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad.

Londres 1 de julio, 1826.

El Repertorio Americano. Londres, 1826-1827. [Caracas: Edición de la Presidencia de la República en conmemoración del sesquicentenario de la independencia de Hispanoamérica, 1973. Prólogo de Pedro Grases, vol. 1. Edición facsimilar.]

Los señores que me han precedido en este ciclo de conferencias por la Cámara Oficial del Libro han realizado obra amena, instructiva y práctica. Con el mayor acierto han discurrido, profesionales doctos, sobre la fabricación del papel (don Nicolás Urgoiti), sobre la confección técnica del libro, sobre la industria editorial, sobre autores españoles (don Ramón Pérez de Ayala), sobre las bibliotecas del Estado (el conde de Vallellano), sobre las bibliotecas de Cataluña y, por último, sobre las relaciones de la prensa y el libro (don J.M. Salaverría).

Ya está el libro español en la calle. Sabemos cómo nació, cómo se desarrolló, cómo se hermoseó. Ha entrado en contacto con el público. ¿Cuál será su destino? ¿Por lo menos su destino inmediato? El libro español, encontrando estrechos los límites de su patria nativa, pasa el mar, glorioso emigrante, y llega a América. Mi tema será, pues, el libro en América.

Olvidaré, mientras hablo, que mi profesión es la de escribir libros propios; pensaré sólo que también me ocupo en publicar los ajenos. Editor de libros, os hablaré como editor; es decir, como industrial.

Honrado inesperadamente con la invitación a hablarlos, expondré mis ideas, sin entrometerme a inquirir, y menos a lisonjear, las del auditorio. A espíritus libres, se les debe hablar libremente. Esa, además, es la manera más digna de corresponder al honor que me hacéis invitándome a vuestra magnífica ciudad, a esta gran Barcelona, emporio del Mediterráneo, que sorprende a cada visita con nuevo encanto sugestivo y que, más feliz que las mujeres, embellece madurando.

* * *

El libro, en cuanto negocio, es un producto comerciable como cualquier otro producto. Su desarrollo y decadencia, en cuanto objeto de comercio, obedecen a las mismas razones que cualquier otro efecto de la industria humana.

El libro español va a América porque en América, en la América de lengua castellana, tiene su mercado más extenso. Más feliz que el libro ruso o que el libro holandés, se produce en una de las más gloriosas —y cada vez más difundida— lenguas de la civilización. Más feliz que el libro alemán, o que el libro italiano, o que el libro escandinavo, aguardan al libro español, apenas sale a luz, no cierto número de capitales de provincia dentro de los estrechos límites de un Estado, sino vasto conjunto de capitales de pueblos. El libro español posee un público de naciones. Una

LA EDITORIAL-AMÉRICA

continúa publicando en su *Biblioteca de Autores Célebres* las mejores obras de literatura europea, traducidas directamente de la lengua original por excelentes escritores españoles e hispano-americanos.

Los mejores novelistas rusos, se encuentran en el catálogo de la **Editorial-América**.

La *Biblioteca Andrés Bello*, única en el mundo, es una colección de las mejores obras hispano-americanas desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días.

También es única en su género la *Biblioteca Ayacucho*, que se compone de Memorias, Recuerdos, Apuntes, Biografías, Correspondencias e Historias de la época de la independencia. No sólo se ha recogido el testimonio de los americanos, sino el de los españoles; lo mismo que el de ingleses, irlandeses, franceses, etc., etc., que sirvieron en uno u otro bando; o que viajaron entonces por América y por España, y dejaron recuerdos escritos a su paso.

La **Editorial-América** vende a los libreros de España y América en las condiciones más ventajosas. Escribase a Martín de los Heros, 83 (o al Apartado de Correos, 117) y se tendrán informes a vuelta de correo.

Los mejores libros que hoy se publican en castellano los edita la

EDITORIAL-AMÉRICA

Contraportada publicitaria de uno de los volúmenes
de *Biblioteca Americana* de Blanco-Fombona.

comarca árida, seca, pobre, de genio bronco y áspero, perdida en alta meseta lejos del mar civilizador e itinerante, en el extremo sur-oeste de Europa, ha producido la maravilla de difundir por mares y continentes su oscura lengua, hoy claro vehículo espiritual de razas y subrazas distintas.

Cien millones de lectores corresponden ya al libro español en lengua de Castilla. Dentro de medio siglo, dentro de un siglo, dentro de mayor tiempo, ¿qué ocurrirá?

La mayoría de los pueblos de idioma castellano son pueblos que nacen apenas y que crecen “quemando etapas”. Sólo a la lengua de Shakespeare sonríe porvenir tan espléndido.

Si el libro es, por uno de sus aspectos, mera mercancía como el bacalao seco o el tabaco en rama o los tejidos de seda, es, por otros aspectos, algo más complicado. De estos otros aspectos, no puede prescindirse, ni siquiera cuando se considere el libro exclusivamente como objeto comerciable.

* * *

Al fabricar un efecto industrial, o cuando se propone fabricarlo, ¿en qué piensa, lo primero, el fabricante? Lo primero que piensa es en la utilidad de aquel objeto con relación al público a que se le destina. Si el productor se preocupa de relacionar sus pro-

ductos con el público que los va a consumir, los vende; y si no, no.

Permítaseme una digresión pertinente.

Existen en Europa y en los Estados Unidos, muchas industrias de objetos destinados, en modo exclusivo, para la exportación a América. Los machetes —anchas hojas de acero, largas de casi un metro—, inseparables del campesino de mi país, los fabrica expresamente Inglaterra para aquellos campesinos. Lo propio ocurre con otros útiles agrícolas, desde el arado triptolémico, ya sólo en uso en algunas regiones atrasadas del trópico americano, hasta los rudimentarios trapiches de cilíndricas muelas de hierro.

Recuerdo que un muchacho pueblerino, compatriota mío, se presentó en Nueva York, donde yo, también mozuelo, acababa de llegar. Hicimos migas. Una tarde, andando por Broadway, nos dirigimos a vistosa perfumería. Mi amigo pidió una botella de Agua Florida, un agua de tocador —suerte de Agua de Colonia yanqui— muy mala y muy popular entre la gente pueblerina de los más atrasados pueblucos nuestros.

No sabíamos expresarnos en la lengua extranjera: vino un intérprete. Y el intérprete nos explicó que aquello cuando no existía en el comercio al menudeo de Nueva York; era un producto de exportación. La oleomargarina nociva que enlatan y nos expenden como manteca de cerdo, tampoco la consu-

men ellos; ahí estamos nosotros para esos y otros productos que nos exportan.

Un tiempo, quizás, comieron ellos oleomargarina hasta que intervino probablemente la higiene oficial; tal vez en alguna época los elegantes de Nueva York se lavaban con Agua de Florida, hasta que se refinó el gusto o progresó la industria de la perfumería. ¿Cesaron de producirse aquellas mercancías, ya en desuetud en el país de origen? No. Aquellas mercancías obsoletas eran nuestro encanto; y los yanquis continuaban, laboriosamente –¡aún recuerdo aquellos prospectos en el tocador de las criadas!– cultivando nuestro mal gusto, apestándonos con su Florida y envenenándonos con su oleomargarina. Eran comerciantes, no filósofos ni moralistas; hacían bien.

En ciertas repúblicas de tierras cálidas americanas, acostumbran las mujeres pobres –que son la inmensa mayoría de villorrios y campos– vestirse con una tela muy ligera que nombran, no sé por qué, *zaraza*. Hacíase y hácese gran comercio de esos géneros sutiles y vistosos.

Mientras no fueron de fabricación nacional, Inglaterra los surtía. Pero Alemania se interpuso. Los viajantes alemanes recorrían los más desiertos y ásperos territorios andinos; iban hasta los más remotos pueblos orinocenses, y con la sonrisa en los labios y en muy comprensible español, enterábanse no sólo del consumo corriente, sino de las preferencias del consu-

midor. Pertrechados de conocimientos prácticos, encaminábanse a Hamburgo los viajeros y encargaban lo que habían menester. ¿Qué sucedía luego? Sucedió que de retorno en América, ya podían esos viajeros ofrecer –y ofrecían a ínfimo precio– la tela con que soñaran las aldeanas para seducir a los hombres en las vueltas y compases del *foropo*, para enganchar al novio vacilante, o para rivalizar, en las mañanas del domingo, al salir de la iglesia, con las burguesas de otro burgo o las campesinas de otro campo.

El reverso de esta medalla lo ofrece el francés.

Los franceses, con su aguda manía eterna e incorregible de sindicar de mal gusto lo que no es del gusto francés, y víctimas del empeño anticomercial de imponer lo suyo a todo trance, sin consultar la conveniencia ajena, operan de otro modo y, naturalmente, con éxito a veces mediocre, a veces nulo. Preséntase el *commis voyageur*, hablando en su pulcro y delicioso idioma que nadie le entiende a derechas en aquellos ignorados e ignorantes pueblecitos de la cordillera andina, o de la costa del Pacífico, o de los Llanos tórridos o de los cauchales bárbaros; y pueblecitos de los cuales se burla porque no tienen cafés cantantes, ni Ópera Cómica, ni grandes almacenes, ni grandes bulevares –*pas même de grands boulevards*–, ni casas de muchos pisos, ni se parecen a París. ¿Qué quiere vender? Perfumería de marca, sedas de Lyon, cuando no pieles de marta y abrigos de Astrakán. Quiere vender, en suma, artículos por allí inútiles.

Y este proceder comercial, llamado al fracaso en la competencia con más sagaces agentes de expendición, me recuerda el caso de algunos vendedores españoles en el siglo XVIII.

Entonces no existía, en lo que toca a América, la concurrencia. El colono debía comprar por fuerza lo que ofrecía la metrópoli. Y ¿adónde se llegó? Se llegó, por una parte, a vivir del contrabando; y, por otra, se llegó a la revuelta primero y, más tarde, a la revolución. Tan se vivía del contrabando en América durante el siglo XVIII y hasta la época de nuestra emancipación en 1810, que los buques españoles que llegaban no eran suficientes para abastecer aquellas poblaciones. La flota salida de Cádiz en 1720 sólo alcanzó a 6.000 toneladas. Necesitábanse y consumíanse muchísimas más. Cuando se permitió que otras naciones pudiesen enviar sus buques a los puertos de América, ¿qué ocurrió? Mientras la metrópoli nos mandaba cuarenta y menos buques por año, los de otras naciones pasaban de trescientos.

¿Cómo se pudo tocar a semejantes extremos? Vais a verlo con un ejemplo. Y este ejemplo os servirá asimismo para haceros ver cómo la ineficacia y la tiranía comerciales, económicas, pudieron conducir, aliándose con factores de orden político, a la revuelta.

En 1780 se levantó en armas contra los dirigentes españoles del virreinato peruano un descendiente de los incas, llamado Tupac Amarú. Este indio y su

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA
OBRAS PUBLICADAS

- I.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Bolívar y la emancipación de Sur-América.
Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas en 4.º Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.
- III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana.*
La obra en 4.º, en papel pluma. Precio: 5 pesetas.
- IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.
Un volumen muy bien impreso, en 4.º Precio: 7,50 pesetas.
- V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.
Por el Capitán Rafael Sevilla.
Un volumen en 4.º, 5 pesetas.
- VI.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.
Para la historia de las armas españolas en el Perú.
Dos magníficos y gruesos volúmenes en 4.º, á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas cada uno.
- VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.
Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.
Un volumen en 4.º, 4 pesetas.
- IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Últimos años de la vida pública de Bolívar.
Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación*; es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.
En 4.º á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas.
- X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.
San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.
En 4.º á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas.
- XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.
Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.
Precio: 4,50 pesetas.
- XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.
General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia. 7,50
- XIII.—MEMORIAS DE LORD COCHRANE.
Precio: 6 pesetas.
- XIV.—MEMORIAS DE URQUINAONA.
Comisionado de la Regencia española al Nuevo reino de Granada.
Precio: 7 pesetas.
- XV.—MEMORIAS DE WILLIAM BENNET STEVENSON.
Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.
Precio: 5,50 pesetas.
- XVI.—MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.
Precio: 8 pesetas.
- XVII.—MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.
Precio: 8 pesetas.
- XVIII.—LA CREACIÓN DE BOLIVIA, por Sabino Pinilla.
Precio: 7,50 pesetas.
- XIX.—LA DICTADURA DE O'HIGGINS, por M. L. Amunátegui y B. V. cuña Mackenna.
Precio: 7,50 pesetas.

Catálogo de los primeros libros publicados
por la Biblioteca Ayacucho de Blanco-Fombona a partir 1924.

revuelta de aborígenes fueron fácilmente vencidos, y luego castigados con extremo rigor. ¿Qué razones aduce el nieto de los incas, ya preso y procesado, para explicar su rebelión?

Aduce, entre otras razones de mucha cuenta —de tanta cuenta como la esclavitud política y social de su raza india—, la tiranía comercial que los encorva y arruina. Se les obliga a los indígenas a comprar al mercader y al encomendero —oíd— “terciopelos, medias de seda, encajes, hebillas, ruanas, como si nosotros los indios usáramos estas modas españolas.”

Ya conocéis, pues, uno de los motivos de aquella inorgánica revuelta.

En nuestros días, aunque se conquisten a cañonazos los mercados, nadie impone a cañonazos la compra de tales o cuales mercancías.

La concurrencia, por lo menos con respecto a la América de lengua castellana, queda abierta a todas las actividades.

Y ahora volvamos al libro español.

¿Ha sido extemporánea esta larga digresión? Quizá no. Hemos querido ver y hemos visto con ejemplos —y no con razonamientos— que si el productor se preocupa de relacionar sus productos con el público que los va a consumir, los vende; y si no, no. O sólo los vende, cuando puede, a palos, y ésta es pésima política comercial que, al fin, arruina.

* * *

Estamos considerando el libro como una mercancía, como objeto comerciable. Conviene preguntar: ¿ha pensado alguna vez el autor español en los gustos y preferencias del público que va a leerlo en América, del mercado en donde vende en mayor escala su producto, su libro?

Debemos adelantarnos a contestar que no.

Y ahora preguntamos de nuevo: ¿un autor español o de donde sea, debe, puede, al sentarse a escribir, pensar en el público o los públicos que van a leerlo y escribir, en consecuencia, de tal o cual manera?

Debemos adelantarnos a contestar rotundamente: no. Y agregaremos que si tal hiciera no sería un escritor digno, sino un canalla con la pluma en la mano.

Y hemos llegado a otro aspecto de la industria del libro: al aspecto psicológico de la producción.

El libro es una mercancía en cuanto negocio, un objeto comerciable; pero es algo más, como vehículo directo del espíritu de un hombre —el autor— y de una raza: la raza a que ese autor pertenece.

El fabricante alemán puede pintar la *zaraza* y enrarecer el tejido o adensarlo, según exija el remoto comprador tropical; pero el autor de una obra no puede consultar el espíritu de otros pueblos, sino obedecer a su propio temperamento de autor y dejarse llevar —siempre se deja llevar subconscientemente— por los oscuros y eficaces impulsos de su alma y del alma de su raza.

En el negocio de exportación de libros debemos, pues, contar, como en todo negocio de exportación, con el público que va a consumir lo que exportamos. Debemos asimismo darnos cuenta de que la mayoría de los productos de la industria puede amoldarse y se amolda al capricho del cliente: este producto libro, no. El champaña –insístase– podemos dulcificarlo o convertirlo en *extra dry*; los tejidos podemos asombrarlos o pintarlos de colorines; pero el producto libro no puede encargarse al gusto del consumidor.

Para vender libros es necesario que entre el autor y el público existan simpatías de orden psicológico. Estas simpatías me parece que pueden existir entre un pueblo de tal o cual idioma y autores de lengua diferente; y que pueden no existir entre autores y pueblos de la misma lengua.

Si los hispano-americanos tenemos y demostramos profunda simpatía por la cultura –y en especial por las letras de Francia–, y si esta simpatía perdura al través de los tiempos y las vicisitudes de la vida de relación internacional, no será por capricho ni por moda –que cambiarían de una generación a otra–, sino porque esa simpatía corresponde a ciertas necesidades psicológicas.

En este sentido creo, y lo expongo con lealtad, que toda aquella producción intelectual española que tiende a continuar la tradición de la España negra –de la peor España: católica, monárquica, académi-

ca–, está llamada a ir mermando cada vez más su influencia y su negocio en los países hispánicos del Nuevo Mundo. Porque la escisión entre ese espíritu y el espíritu de América es evidente; y la comunidad de lengua no sirve sino para demostrarlo mejor.

Por el contrario, la España nueva, la España que anda, la España del porvenir, la España socialista, la España de grandes valores intelectuales vivos y activos, el espíritu rejuvenecido de España se encuentra en fraterna alianza con el espíritu de América. Por sus instituciones, por sus costumbres y por su ideología, América es, quiere ser, un continente de vanguardia revolucionaria. Un país de la Edad Media no podría interesarle.

* * *

Resumamos, pues, antes de exponer algunas cifras que pueden enseñarnos con su elocuencia escueta, si antes las vivifica y les da sentido el comentario.

Para la venta de libros, como para la venta de cualquier objeto, debe existir relación de inteligencia, de tácita inteligencia, entre el productor y el consumidor. Esta relación de inteligencia, ligerísima cuando se trata, pongo por caso, de botones de búfalo o de cestos de mimbre, llega a ser profunda, llega a estrecha simpatía psicológica, cuando se trata de libros. El productor de libros, el autor, no puede, si es hom-

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

- I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Sus mejores poesías*.
- II.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *Sangre patricia*. (Novela)
y *Cuentos de color*.
- III.—JOSÉ MARTÍ: *Los Estados Unidos*.
- IV.—J. E. RODÓ: *Cinco ensayos*.
- V.—F. GARCÍA GODOY: *La Literatura Americana de nuestros días*.
- VI.—NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana*.
- VII.—M. GONZÁLEZ PRADA: *Páginas libres*.
- VIII.—TULIO M. CESTERO: *Hombres y piedras*.
- IX.—ANDRÉS BELLO: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma*.
- X.—DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo*. (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
- XI.—R. BLANCO-FOMBONA: *El Hombre de oro* (novela).
- XII.—RUBÉN DARÍO: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos*.
- XIII.—CARLOS ARTURO TORRES: *Los Idolos del Foro*.
(Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
- XIV.—PEDRO-EMILIO COLL: *El Castillo de Elsinor*.

IMPRENTA DE JUAN PUEYO, LUNA, NÚM. 29. —MADRID.

Catálogo de algunos libros publicados por la Biblioteca Andrés Bello,
colección de la *Biblioteca Americana*, de Blanco-Fombona.

bre de valer y de sinceridad, producirlos de esencia diferente de como los produce, porque no está en manos de nadie cambiar lo más sincero y hondo en el espíritu de las razas.

Los hijos de América compran y comprarán tanto más las obras españolas cuanto más cerca esté el espíritu de los americanos del espíritu español que las inspira y crea.

Esto lo sienten, hasta por mero instinto, todos los hombres libres y cultos de España. Esto lo sienten con vehemencia aquellos patriotereros españoles que, considerando el libro sólo por su aspecto cultura, desearían imponernos a los americanos el libro español por los mismos procedimientos que imponía el encomendero de antaño las medias de seda fina y los jubones de terciopelo a los indios de Tupac Amarú.

El camino es otro. El camino es descubrir el fenómeno psicológico para estudiar luego y comprender mejor el fenómeno económico.

El camino es acercar al pueblo fundador y a los pueblos que de él nacieron. Y ver hasta qué momento del futuro, hasta qué recodo del destino podemos andar juntos. Para mí el problema es claro. España penetrará en la nueva América en la medida en que se modernice tanto en instituciones políticas, como en estética, en ciencias, en filosofía, en economía y en procedimientos industriales.¹

El acercamiento moral de dos pueblos, de los

1

Esto es precisamente lo que repitió, años más tarde, el médico español de Buenos Aires don Avelino Gutiérrez.

cuales uno es hijo del otro, siempre es en mayor o menor grado. Se parece al de ciertos árboles alejados en el espacio, a la vista del hombre; pero que entrelazan y confunden sus raíces bajo la misma tierra que los nutre de la misma sustancia. Este acercamiento de España y sus hijas, las repúblicas de América, tiene, como el subterráneo contacto de los árboles, ocultas raíces firmes que se estrechan en los silos de donde nacen.

Pero el américo-hispano ya no es el euro-hispano, por el cruce con distintas razas americanas y europeas y, aun en ciertas zonas, con elementos del África. Aunque se hubiera conservado puro, sin injertos, el español sería hoy en América muy otro de cómo es en Europa; lo habría transformado la acción, durante cuatrocientos años, de influencias mesológicas, telúricas, diferentes de las de la España originaria.

Este español de América, este hombre nuevo, el hispano-americano, carece hasta ahora de una vernácula cultura nacional. Su cultura es refleja. Pero queremos crearnos una cultura propia, empezamos a creárnosla y —estad seguros— la crearemos. Esa cultura tendrá como factor principalísimo la cultura de la Europa latina, y por fundamento indestructible la secular, la gloriosa, la enérgica, la magnífica cultura del pueblo que nos dio lo mejor de nosotros mismos, que nos transmitió su sangre, su lengua, su fe, de ese gran pueblo con el cual convivimos por espacio de siglos y del cual no podemos ni queremos hablar sino con afecto y veneración.

* * *

Veamos lo que está ocurriendo al presente en el orden económico.

España vende libros a América —todos los editores lo sabéis— por valor de ocho a diez millones de pesetas al año.

Esta cifra sería mucho mayor si España centralizase todo el comercio de libros españoles —o mejor dicho, en lengua española— con la América latina; y si Francia, Estados Unidos, Alemania —y ahora Inglaterra e Italia— no le estuvieran disputando el terreno. Para que se alcance la importancia de esta concurrencia, diré que una sola de las casas extranjeras competentes, la casa Garnier, de París, realizaba hasta hace poco —y digo hace poco porque no tengo informes de la reciente postguerra— un comercio americano que ascendía a dos millones de franco oro por año.

La mayoría de las casas españolas anda muy lejos de tales cifras.

La librería extranjera de lengua castellana perjudica, pues, enormemente, en el mercado de América, a la edición española. En España gritan, sin enterarse a derechas del asunto, y dicen que la cultura española padece, que los extranjeros venden malas traducciones, llenas de erratas, etc. No hay tal. Las traducciones extranjeras que preparan esos rivales de la edición española no son, con raras excepciones, mejores ni peores que las de aquí: y, en cuanto a presentación, puede afirmarse otro tanto. Las ediciones de

Garnier son generalmente buenas; y las de Ollendorff, aún mejores.

No será por las erratas que venden sus libros, ni porque salgan en guirigay. ¿Por qué los venden? ¿Qué facilidades dan para la venta? ¿Cómo divulgan sus obras? Y, principalmente, ¿qué venden? Eso es lo que debe inquirirse. Fijémonos de preferencia en esto último. ¿Qué venden? Se dice que libros españoles. En esto se comete una anfibología. No venden, por lo común, obras españolas, aunque vendan obras en lengua española. Yo invitaría a que se repasase, con el lápiz en la mano, el catálogo de Garnier o el de Bouret o el de Ollendorff, para no salir de Francia, que es, hasta ahora, la mayor concurrente de España en punto a libros. Se verá que venden, relativamente, muy pocos libros de autores españoles. Garnier vende clásicos castellanos y algunos autores modernos, pocos buenos, la mayor parte de segundo y tercer orden; Ollendorff no tiene escritores españoles, viejos ni nuevos; Bouret muy pocos. ¿Qué venden, pues? Venden traducciones del francés y venden libros americanos.

Nadie en España supo ver que se podía explotar con provecho al autor en América... por lo menos en América. Se creía y se cree, se decía y se dice, que allí no existe nada que valga. Y yo respondo que el editor español, por lo general, carece de sentido de adivinación; y, a veces, de sentido común. Y el libro español en América —inmigrante ignaro o patriote-

L. PERÚ DE LACROIX

DIARIO DE BUCARAMANGA

•

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR
SIMÓN BOLÍVAR

EDICIÓN DEL CENTENARIO DE AYACUCHO

EDITORIAL-AMERICA

Martín de los Heros, 33

MADRID

1924

Portada del volumen publicado en 1924 en ocasión
del centenario de la Batalla de Ayacucho.

ro vulgar—, es peor aún. Para él un libro de Montalvo, o de Martí, o de Sarmiento, o de Baralt, o de Caro, maestros del idioma español, es y debe ser inferior a una novela asquerosa y mal escrita de cualquier oscuro pornógrafo peninsular. Con un criterio absurdo desdeña el libro americano —que honra la lengua materna— y exalta el del pornógrafo o mediocre productor europeo que deprime esa lengua y deshonra el espíritu nacional. Así obra el estrecho patriotismo de algunos bárbaros.

Yo mismo, que os hablo en este momento, y que estoy lejos de imaginarme un águila, pero que tengo dos ojos en la cara —y acostumbro emplearlos para ver—, advertí, apenas llegué a España en 1914, que en España había un filón por explotar con el libro de América. Y me convertí en editor. He publicado, sólo de libros americanos, cientos de volúmenes de 1915 a la fecha; y he podido comprobar que el libro americano se vende tan bien como el de otra nacionalidad y, en muchos casos, mejor.

Diréis que esto no es hablaros del libro español en América, y yo me permito responderos que sí, y que hay que relacionar las cosas para comprenderlas a cabalidad.

* * *

La guerra lo trastornó todo en Europa y América, unas cosas en bien, otras en mal. El comercio de libros

en lengua española entra en el número de los trastornos beneficiosos para España y para la misma América.

Antes de la guerra existía en París un centro poderoso de irradiación del libro en idioma castellano hacia la América de ese idioma. Revuelta y ensangrentada Europa, los yanquis aprovecharon las circunstancias y centuplicaron su producción de libros en lengua de Castilla. Pero el centro de irradiación no pasó de París a Nueva York, sino de París a Madrid. Madrid y Barcelona tendieron a ser las metrópolis únicas del libro en castellano. El comercio de libros se intensificó, nuevas y poderosas casas nacieron —algunas con capital extranjero, pues el capital extranjero supo ver claro—, las obras se presentaron con más lujo y más gusto, fueron más dignamente remunerados los autores y salieron a la luz más y mejores libros. Asistimos a un renacimiento de las artes mecánicas del libro, que ha coincidido, por fortuna, con un renacimiento del espíritu hispano.

España había abierto los ojos. Pero también los abrió América. Y si en España se fundaron casas editoras, en América también se fundaron. Aunque sólo citáramos una de cada país, pudiéramos contar una larga lista: la Cultura Argentina, Ediciones de México Moderno, Ediciones de Cuba Contemporánea, la Cultura Venezolana, Arboleda y Valencia, de Bogotá; y otras casas en Lima, Montevideo, San José de Costa Rica, Santiago de Chile, etc.

Estas empresas publican obras de autores nacionales y libros europeos favoritos de aquellos públicos. Esas empresas que cito mantienen su actividad dentro de los límites del decoro profesional, hacen concurrencia al libro de España. Las ediciones fraudulentas, práctica abusiva, también compiten y compiten alevosamente con el editor de la Península. De las ediciones fraudulentas hablaré dentro de un instante.

Las circunstancias en que se desenvuelve la reciente industria del libro americano no le son del todo propicias todavía; y favorecen, en consecuencia, la industria y propaganda del libro español en América y del libro extranjero traducido y divulgado por el editor de España.

La mano de obra, que es cara en América; el alto precio del papel importado, mientras no se reduzcan en su obsequio, como elemento de cultura, las tarifas aduaneras, y siempre subido aun cuando el papel se produzca en el país que lo consume; el permanecer localizado en ciertos centros el hábito, el amor de la lectura, la geografía de aquel enorme continente, la carencia de vías múltiples rápidas de comunicación y el no abundar países lo bastante populosos para consumir ellos solos y en corto tiempo la mayor parte de las ediciones, son causas —unidas a otras concausas— de que no haya prosperado en América, ahora, en la debida proporción, la industria editora.

Como semejantes dificultades no pueden remo-

verse de la noche a la mañana, la industria española del libro no tiene por qué alarmarse. Más tarde, quizá tampoco tenga por qué dar en la inquietud: si cambiasen las condiciones del mercado en América —que sí cambiarán— a la industria española del libro le bastaría con cambiar ella también de procedimientos, con mudar de sede, o bifurcar su actividad, convirtiéndose en industria del libro español en España y del libro americano en América; o con más latitud, convirtiéndose en industria del libro español y americano en España y del libro americano y español en América.

Esta mera suposición repugnará en España —estoy seguro— a los espíritus pétreos y conservadores, enemigos de revoluciones y aun de evoluciones. Las evoluciones y aun las revoluciones, sin embargo, se cumplen automáticamente, a despecho de aquellos que las repugnan, las niegan y hasta las combaten.

La industria americana del libro tropieza con serias y persistentes dificultades: los obstáculos geográficos parecen los más difíciles de dejarse vencer. Pero lo difícil no es lo imposible. La palabra imposible tiende a desaparecer del lenguaje humano. La voluntad del hombre es más granítica que el granito, más honda que los mares, más leves que la atmósfera, y puede salvar las distancias y colmar el vacío. Lo ha hecho; ¿por qué no seguirá haciéndolo? Ya el avión, en pocos años, acerca a los países americanos entre sí, más que el caballo de vapor durante un siglo.

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

MEMORIAS

DE FRAY

SERVANDO TERESA DE MIER

DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO, DE MÉXICO, DIPUTADO AL PRIMER CONGRESO CONSTITUYENTE
DE LA REPÚBLICA MEXICANA

PRÓLOGO DE DON ALFONSO REYES

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

Edición de la *Biblioteca Ayacucho* de 1924,
dirigida por Blanco-Fombona, con prólogo de Alfonso Reyes.

El libro español se difunde por todas las repúblicas: abraza un área inmensa, y esa área inmensa le es necesaria para abarcar toda la población lectora esparcida y dispersa por aquel continente. El libro producido en América no puede competir, todavía, en difusión extensiva, con el libro español.

Vamos a explicar por qué.

* * *

Las repúblicas americanas, como sabéis, forman distintos grupos. Los pueblos que integran cada uno de estos grupos sostienen entre sí relaciones más o menos estrechas; pero ya las relaciones de un grupo a otro grupo son por las distancias, ni dificultosas, y en algunos casos, nulas.

Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, por la vecindad y medios de comunicación, forman un grupo.

La América del Centro, que no es lo que suele llamarse aquí anfibológica y tudescamente "Centroamérica" —*Mittelamerika*—, confundiendo la geografía física con la geografía política de nuestras repúblicas, la América del Centro y Méjico forman otro grupo.

Venezuela, Cuba, Colombia, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, otro. Ecuador se vincula por el Norte con Colombia, por el Sur con Perú. Bolivia y Perú constituyen bloque. No hablo —entiéndase— de vinculaciones políticas.

Los países que integran cada grupo comunican-se entre sí con facilidad, por lo menos relativa: ya se expuso; pero es menos corriente la comunicación entre los distintos bloques de pueblos, o mejor dicho, entre los pueblos que integran uno de estos bloques con los pueblos que integran otro. Las relaciones del grupo argentino-chileno, etc., con el grupo colombiano-venezolano o del grupo México-centroamericano con el bolivio-perulero, son hasta ahora, por la naturaleza del continente y por escasez de vías de comunicación, bastante dificultosas. No trato desde luego de relaciones políticas ni de relaciones afectivas, relaciones que en América, mientras más distan unos pueblos de otros, mejor se conservan.

Y la razón de esas dificultades de comunicación a que me refiero estriba en lo siguiente: produciendo casi todos aquellos pueblos materias semejantes, tienen poco qué traficar entre sí, mientras que todos encuentran en la Europa industrial lo que les falta y quien les compre lo que ellos cultivan o crían.

Pero las producciones, si semejantes a veces, no resultan siempre idénticas: algo tienen que venderse unos a otros. Únase a éstos, motivos de más complicado orden económico y de trascendental orden político, y se comprenderá por qué esos pueblos hermanos tienden más y más a unirse y comunicarse. No es raro leer en la prensa de esas repúblicas avisos por el estilo: *Los señores X. X., exportadores* (de tal ca-

sa) *solicitan relaciones en la República* (otro país) *con casas importadoras*.

Las comunicaciones materiales entre las distintas repúblicas de América tienden a mejorar; y vosotros, editores de España, debéis abrir los ojos por lo que os importa. Ya existen –y seguirán en aumento– comunicaciones aéreas entre países muy distantes uno de otro. Al ferrocarril interamericano, que atraviesa el continente de Norte a Sur, le faltan pocos entronques de unos con otros caminos de hierro nacionales, en países limítrofes, para convertirse en viviente realidad. Una compañía chilena de navegación comunica a casi todas las repúblicas del Pacífico: Chile, Perú, Ecuador, Colombia; ya toca en Panamá, y pronto arribará hasta México.

Todo esto influye e influirá decisivamente en el negocio de libros españoles en América y amenguará la venta de esos libros, si continúa haciéndose como hasta ahora. Pero no hay mal que por bien no venga. Si la industria española del libro, negándose a adaptarse a nuevas circunstancias, resultase perjudicada, España, con la más íntima y cohesiva unidad de América, sale a la postre gananciosa, no sólo por razones de economía sino por razones más trascendentales, de que no es aquí oportuno tratar.

El editor español no debe desesperar. Aun en las peores hipótesis, siempre quedará mercado inmenso para el libro español, para el libro español selecto, que

pueda competir no sólo con el libro americano, sino con el libro francés, italiano, inglés, alemán, por América muy difundidos, máxime el primero. Los demás, por el orden en que se citan.

Pero desde ahora conviene abrir los ojos a la evidencia y hacerse cargo de las circunstancias. América, hasta ahora consumidora de libros, está cambiándose de país consumidor en país productor.

Llegará un día, lejano aún, en que la situación de España con respecto a nosotros y en punto a libros sea igual a la de Inglaterra con respecto a los Estados Unidos. En los Estados Unidos se publican más libros y más revistas que en Inglaterra; sin embargo, el libro inglés sigue vendiéndose, cuando es bueno, en la América sajona.

¿Os parece que exagero? Lo veremos con números. A pesar de las dificultades ya expuestas: mano de obra cara; enormidad de las distancias, aun dentro de cada república; deficientes comunicaciones nacionales e internacionales, ¿no se nota hoy mismo en España la incipiente actividad editora de aquellas repúblicas? ¿No se percibe esa actividad de reflejo en el negocio español del libro? Contestaré con las cifras que os he prometido.

Y para no fatigaros consideremos el caso en sólo dos países: uno del Sur, Argentina, y otro del Centro, Cuba, aun descartando voluntariamente a tan gran comprador de libros como México. Las cifras

que aduciré y que hablarán por sí, las creo inéditas, y proceden —debo decirlo desde ahora para que les deis crédito— de fuentes oficiales: del Consulado de España en Buenos Aires, unas; del Consulado de España en la Habana, otras.

En Argentina se importaban de España, en 1916, 724.424 kilogramos de papel impreso. En el primer trimestre de 1920 se importaron sólo 85.107 kilogramos. Lo que daría, para los cuatro trimestres, 340.428; es decir, menos de la mitad que en 1916. Pero como estos dos años, tomados aisladamente, no dicen todo lo que pueden decir, os formaré un cuadro donde se palpe, año por año, la disminución.

1916	724.424 kilogramos de papel impreso
1917	606.877
1918	548.028
1919	447.662
1920	340.428

Por lo que respecta a Cuba, las cifras no son menos decidoras.

En Cuba se importó de España en el año 1917-1918 papel impreso por valor de medio millón de pesetas; con exactitud, 94.961 dólares. Al año siguiente, 1918-1919, el valor de esa importación disminuye: sólo llega a 93.706 dólares.

En La Habana, además —y lo digo para que se

percate el público de los adelantos editoriales que hacen concurrencia a los envíos de España—, se publican revistas en las cuales se emplea, por el pintor cubano Massaguer, un procedimiento patentado para fotografiar, cuyos resultados superan a los que usan las mejores revistas de los Estados Unidos. La revista ilustrada *Plus Ultra*, de Buenos Aires no envidia a las mejores de la Península. Los magazines de Santiago de Chile son excelentes; las revistas, y en general los libros de Méjico, compiten o pueden competir en presentación con lo más selecto, dentro de lo corriente, de la librería en Europa.

* * *

Otro enemigo, y enemigo el más desleal y odioso de la industria española de libros, es el libro fraudulento, el libro español o de publicación española reeditado clandestinamente en América. Todos hemos sido víctimas de semejante felonía. ¿Cómo combatirla?

Tratados internacionales para garantizar la propiedad intelectual no quieren celebrar la mayoría de aquellas repúblicas. Las induce a negarse, la idea de que no existe paridad entre su producción exigua y la de cualquier país europeo; y la creencia de que necesitan evitar trabas a la cultura y su principal agente, el libro, la creencia de que el libro no es mero pasatiempo sino factor de civilización, y de que todo cuanto sea ci-

vilizador debe acogerse y difundirse con el menor expendio. Gente poco escrupulosa, explota semejante estado de espíritu oficial —enemigo de los tratados respecto a propiedad literaria—; y nace, a la sombra de una idea protectora, nacionalista, el libro espúreo, la obra de fraude.

Ya sabemos cuál es el origen de que el fraude se produzca. Veamos cómo se produce.

El editor de Madrid o de Barcelona envía a un librero, digamos de Santiago de Chile, cinco, o diez o veinte o cien ejemplares de los títulos que publica. Por cualquier circunstancia, alguno de aquellos libros corre con fortuna. El librero vende sus cinco, o diez, o veinte, o cien ejemplares. El público continúa solicitando el libro. El librero no pide a España nueva remesa de aquella obra. Sabe que pasarán uno, quizá dos meses, antes de que llegue, y ya el entusiasmo del público puede haberse localizado en otro objeto. Entonces aparece el defraudador, saca a luz una edición y realiza negocito bastante innoble, pero bastante productivo. Otras veces el libro de fraude va de la misma Europa.

¿Qué hacer para evitar a la industria honesta semejantes puñaladas traicioneras?

Establecer en los grandes centros depósitos bien surtidos, es lo primero que se ocurre. Después recapitamos y advertimos la ineficacia del procedimiento, máxime para los editores modestos, que son

desvalijados al igual de los más opulentos. Mantener grandes almacenes de libros en varias capitales de Ultramar para aprovecharse de la venta eventual de un título que corra con fortuna, parece desproporcionado, por cuanto equivale a inmovilizar mucho dinero.

Queda el medio más económico de amparar la producción española con las respectivas legislaciones nacionales, inscribiendo los libros que se pongan a la venta, según las leyes de propiedad intelectual en cada república. El tiempo dirá si todos los editores de España acuden a este procedimiento y si este procedimiento, en la práctica, produce alguna eficacia.

* * *

Debo terminar. El deseo de enfocar algunos de los múltiples aspectos del asunto, el libro español en América, me ha hecho ser poco lacónico. Temo haberlos fatigado. Os pido perdón.²

Motivos y Letras de España. Madrid: Renacimiento, 1930: 105-133.

2

Ulteriormente ha estudiado con sumo acierto el problema del libro español el secretario de la Cámara madrileña del Libro, don Leopoldo Calvo Sotelo. También el publicista don Pedro Sáinz Rodríguez ha tratado el asunto.

Ángel Rama

LA BIBLIOTECA AYACUCHO COMO INSTRUMENTO DE INTEGRACION CULTURAL LATINOAMERICANA

La integración cultural es fundamento y legitimación de los diversos proyectos de integración económica o política que se han venido diseñando en América Latina. Si es por un lado recuperación de los orígenes comunes, es por otro reintegración en el sueño utópico que, vez tras vez, ha resurgido en los libertadores en todas las ocasiones en que operaron transformaciones ingentes de las sociedades latinoamericanas. De tal modo que siendo una vasta recuperación de pasado, en gran parte perdido u olvidado, la integración cultural es un intento revolucionario que, en cuanto tal, se propone un futuro, construyendo la visión utópica de un continente y de una sociedad ideal. En estas condiciones, el pasado no es recuperado en función de archivo muerto, sino como un depósito de energías vivientes que sostienen, esclarecen y justifican el proceso de avance y transformación revolucionaria. Esto ha sido desde Tupac Amará hasta Ernesto Guevara, pasando por ese momento privilegiado que representó Simón Bolívar, quien junto con la libertad

de las colonias y la convocatoria del Congreso Anfictiónico, no dejaba de proponer la lectura de los Comentarios Reales del Inca Garcilaso, como fuente de información sobre la realidad original de América. No es casualidad que en todos esos momentos vertiginosos de una transformación proyectada al futuro (insurrecciones del XVIII, emancipación, revoluciones mexicana o cubana, así como en los múltiples momentos de reformismo acelerado que testimoniaron cambios sociales y económicos considerables) las sociedades hayan vuelto a considerar sus más remotos orígenes en las civilizaciones indias o hayan revalorizado la aportación cultural de los señores preteridos y hondamente enraizados en el decurso histórico autóctono, trátase de criollos, mestizos, campesinos, marginales, urbanos, últimamente obreros, reconociéndolos como portadores de un sentimiento, aún más que nacional, continental, y por lo mismo capaces de reinstaurar el persistente afán de integración cultural de la comarca que mal llamamos latinoamericana.

En otros términos, el impulso de integración cultural nace de la visión ideal del futuro (por lo tanto de la insatisfacción por el presente y del reconocimiento de la capacidad para modificarlo), y se legitima en una lectura selectiva de la tradición cultural pasada.

El diseño del futuro es, simultáneamente, el del pasado, aplicándose a cada uno de los campos disímiles la misma capacidad de invención: no es menor

la originalidad puesta en la construcción del pasado que la invertida para elaborar la visión del futuro y nunca se afirmará suficientemente cuán indispensables son ambos territorios para el pleno ejercicio de la libertad y la acción creadora del hombre. No sería posible visualizar el mundo por venir si no se contara con el respaldo y la legitimación que proporciona la lección, histórica, y ésta carecería de toda significación si no respondiera a la iluminación de que la dota la resplandeciente visión de lo futuro.

Esta óptima conjugación de los dos polos que rigen el campo de fuerzas tropieza con dos diferentes tipos de escollos, los que a su vez remiten a una misma carencia cultural: los proyectos futuristas de transformación proceden en su mayoría de teorías generadas fuera de la región, las que son aplicadas mecánicamente a las condiciones internas latinoamericanas sin suficiente atención hacia sus peculiares características; y en cuanto a la aportación del pasado al mejor conocimiento del comportamiento de las poblaciones se encuentra dificultada por una notoria falta de memoria que ha hecho naufragar en el olvido vastos paneles de la historia. Por ambos lados se registra un empobrecimiento cultural que pone en peligro el necesario proceso de transformación y la indispensable interrelación cultural del continente, por lo cual resulta urgente reponer las criteriosas formulaciones hechas por José Martí hacia fines del XIX, alarmado



Reunión de trabajo de intelectuales latinoamericanos en el inicio de Biblioteca Ayacucho.
En la gráfica, entre otros: Leopoldo Zea, Oswaldo Trejo, Manuel Alfredo Rodríguez,
Domingo Miliani, José Ramón Medina, José Ratto-Ciarlo, Ángel Rama
(Cortesía Archivo CONAC).

por las funestas consecuencias del “libro importado” y por la ignorancia de la historia y la realidad americanas que percibía en el funcionamiento de la *intelligentsia*. Efectivamente, la incorporación de los *corpus* ideológicos europeos de una manera mecánica se ha pagado con verdaderas catástrofes sociales y con muy largos padecimientos, tratándose de errores cuya repetición da motivo para las mayores inquietudes. El brutal desmantelamiento de las sociedades autóctonas por la imposición del modelo europeo traído por los conquistadores, se reitera en el siglo XIX con la incorporación del modelo liberal que acarreó un siglo de guerras y descomposición social y puede temerse que los diferentes proyectos en juego contemporáneamente, desde el plan desarrollista hasta el socialista, funcionen sobre la misma peligrosa mecánica que no atiende a la singularidad latinoamericana. Esta desatención está reforzada por la pérdida de memoria de la colectividad, la cual, como ya se ha observado, lleva a tropezar varias veces en las mismas piedras y a rehacer fantasmagóricamente y trágicamente, lo que ya se ha vivido en otros tiempos.

Esa historia de América que, según Martí, debía conocerse al dedillo, sigue siendo la gran ausente en el debate intelectual de la época y este debilitamiento del que llamaríamos polo tradicional donde se superponen las experiencias creativas cumplidas por los hombres de la región, afecta al funcionamien-

to del entero campo de fuerzas y no hace sino reforzar la fuerza impositiva del polo externo que transmite las pulsiones internacionales, las que entonces tienden a aplicarse desnudamente según sus cánones originarios, sin reconocer la especificidad del nuevo territorio al cual arriban. Dentro del proceso de construcción de lo que ha llamado Wallerstein una “economía-mundo” y cuyas bases se echan con la conquista europea del continente americano, es impensable toda solución de la convivencia latinoamericana que no asuma como necesaria la incorporación, no sólo económica sino ampliamente cultural también, en una esfera internacional. Pero el papel que en ella habrá de desempeñar América Latina será meramente ancilar y carente de autonomía y creatividad, si ese polo externo no es compensado por otro interno que lo equilibra y regula. Este polo interno está representado, ante todo, por las necesidades actuales de los pueblos latinoamericanos, por la demanda hacia una plena expansión productiva; pero, en el nivel de la vida espiritual, el respaldo, la energía, la potencialidad de esas demandas, revierten a la acumulación que se ha ido haciendo a lo largo del tiempo y constituye la historia común.

En la medida en que la región ya no está constituida por sociedades de tipo tradicional que conservan y transmiten internamente una memoria mítica de sí mismas, el pasado sólo puede asumirse como lec-

ción intelectual, consciente y reflexiva. Es una voluntad del conocimiento y es por lo tanto una incorporación criteriosa y selectiva de la actividad cumplida por la colectividad, a la luz de las necesidades del presente. Es, por lo tanto, un discurso intelectual coherente que interpreta el conjunto muy variado.

A esta dialéctica de la integración cultural, ha respondido el establecimiento de la Biblioteca Ayacucho, que fuera creada por decreto No. 407 del presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez en el año 1974, dentro del marco de los actos conmemorativos del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, en la que los ejércitos patriotas al mando del gran Mariscal Antonio José de Sucre, culminaron la larga guerra de la independencia de América del Sur. Desde 1978 se constituyó en una Fundación patrocinada por el gobierno de la República de Venezuela, concediéndosele autonomía de funcionamiento bajo la presidencia del Dr. José Ramón Medina. Fue concebida inicialmente como una biblioteca cerrada cifrada en unos quinientos tomos, que recogiera la vigencia del legado civilizador de América Latina, desde los textos precolombinos hasta nuestros días mediante una selección de autores y de obras fundamentales en las variadas disciplinas de las letras, la filosofía, la historia, el pensamiento político, la antropología, el arte, el folklore y otras.

Desde el inicial Seminario de la Cultura Lati-

noamericana, que se celebró en Caracas en 1976 reuniendo un conjunto de especialistas de diversas disciplinas para diseñar el plan general de la colección, la Biblioteca Ayacucho se ha regido por algunos principios básicos que normativizan sus publicaciones, las que ya se encuentren cerca de los cien volúmenes en este año de 1980.

1. Es ante todo una Biblioteca concebida con un criterio culturalista latinoamericano que intenta recoger las aportaciones centrales de construcción de una cultura original que se han ido cumpliendo en el continente desde sus orígenes. Eso significa que junto al aporte central representado por las letras en sus diversos géneros, se atiende igualmente a la filosofía como a la historia o al pensamiento político; a la estética o la teoría de las artes como a la antropología, a la economía y a la sociología. Este rasgo la distingue nitidamente de los proyectos similares anteriores, de los cuales la Biblioteca Ayacucho es continuadora y perfeccionadora. Con el mismo nombre, el venezolano Rufino Blanco Fombona publicó en los años veinte una colección en Madrid consagrada exclusivamente a textos de historia, realizando una tarea notable de difusión del pensamiento de los libertadores y de su magna tarea militar y política. Más vasta y estructurada fue la Biblioteca Americana que Pedro Henríquez Ureña diseñó para el Fondo de Cultura de México y éste ha publicado como homenaje de su memoria, la

cual fue centrada en las obras, literarias hasta los años veinte aproximadamente, aunque recogiendo para el período colonial numerosas obras de historia. Por último cabe consignar la más dinámica Colección Latinoamericana de la Casa de las Américas, de Cuba.

La Biblioteca Ayacucho procura llevar a cabo una vista panorámica más amplia que los prestigiosos modelos anteriores, reuniendo múltiples disciplinas como ya se ha visto en los volúmenes publicados donde junto a la obra literaria de Rubén Darío o José Martí, se encuentran los escritos doctrinales de Simón Bolívar o el ideario político de Fray Servando Teresa de Mier, el pensamiento de la emancipación o el pensamiento conservador del siglo XIX. Las grandes obras de la antropología del siglo XX debidas a Gilberto Freyre o Fernando Ortiz, las ideas económicas de los ilustrados del siglo XVIII o a la filosofía de los positivistas.

Esta concepción no sólo responde a la importancia que las plurales disciplinas han tenido en la constitución de una cultura peculiar latinoamericana y a la necesidad de reintegrarlas en un solo *corpus* que muestra el proceso creativo desarrollado a lo largo de la historia por los hombres del continente, sino también a la particular situación en que se han mostrado los géneros literarios a lo largo de los siglos en América Latina, mezclándose de una manera imprevista y ricamente inventiva según las necesidades culturales de las sociedades donde se producían. Textos

capitales como el *Facundo* de Sarmiento u *Os Sertões* de Euclides Da Cunha, han unificado el análisis sociológico, político y aun antropológico con las formas estilísticas de la narrativa, y del mismo modo el continente dispone de una voluminosa producción de materiales autobiográficos, de Fray Servando a José Vasconcelos, donde la historia, la narrativa, los documentos justificativos y la polémica política se dan mancomunados. Situación ésta aún más compleja cuando se examina la producción colonial de textos claves como los de Pero Vaz de Caminha, Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Inca Garcilaso de la Vega o Bernal Díaz del Castillo, rebasan los límites genéricos en que se forjaron y ya son reconocidos como testimonios literarios con un involuntario alcance artístico en algunos de los casos.

2. Por las mismas razones culturalistas, la Biblioteca Ayacucho no se limita a recoger los productos intelectuales emanados de los estratos cultos latinoamericanos, sino que rinde homenaje a la creatividad de la sociedad toda y trata de registrar su producción en sus diversos estratos sociológicos. La atención para los grandes cronistas cultos, que podrán quedar representados en la obra del Inca Garcilaso de la Vega o de Francisco López de Gómara, va de la mano con la atención para los cronistas-soldados o para los cronistas-mestizos que manejaban con dificultad el recién aprendido español, a lo cual se debe la publi-

B. A. : Balance y aspectos de
la idea de lo que hoy forma
la extraordinaria colección B. A.
nacido muy tarde de cuando
colocaba con Ángel Rama ^{Hall}
unos de la falta de un
cuenta de libros que eran
de vehículos a la expense de la
U. de A. L. - y lamentando
el destino trágico de lo que
representarían tener en sus centros
Pedro H. Viana en el T. A. L.
de Cultura Emicosa, en México,
y cuando aún en pláticas
nuestro Raposo B. A. - C. No
sería posible sus proyectos a
darse un proyecto de este
materialmente auspiciado por Viana?
¿Por qué no intentaba de acuerdo
con? Nos animamos y una semana
después, en una reunión
reunión, tras el esbozo, un-

acto que se ~~ha~~ programaba para
entonces para la celebración de
sesenta años de la Fundación
de Ayacucho. Finalmente surgió
el problema: ¿por qué no
llamado B. A.?

llevó a cabo un informe.
E. el proyecto a consideración
del Presidente C. R. D.
etc. sin duda un asunto
autorizó para puntual
proyecto de secreto y
nombres de quienes podían
ver la C. E. - D. A. lo fue
por días, con aceptación
- del presidente, y el
de septiembre de 1928
creó la C. E. - D. A. - etc.
(entonces - sumando)

cación de la *Nueva Corónica y Buen Gobierno* del peruano Felipe Huamán Poma de Ayala, en su primera edición completa, incluyendo la totalidad de sus dibujos, o el proyecto de nueva edición de la *Verídica Historia* de Bernal Díaz del Castillo. En estos casos no estamos ante escritores profesionales, sino privilegiados testigos del acontecer histórico, que lo cuentan apelando a sus recursos escasos pero con una frescura, reciedumbre y verdad que prueban la capacidad para construir obras permanentes a partir de niveles no cultivados del conocimiento y las letras.

Esta concepción de la producción escrita realizada en el continente permite incorporar a la colección numerosas obras nacidas en humildes cunas. Algunas ya han sido incorporadas pacientemente a las letras por el discernimiento crítico de varias generaciones precedentes, como es el caso de la poesía gauchesca, de la obra periodística de Fernández de Lizardi, de textos dieciochescos como *El lazarillo de ciegos caminantes* de Carrió de la Vandra, pero muchos otros materiales aún esperan su dignificación artística y cultural. Es bastante reciente la atención, en ese plano, por la producción oral de tipo tradicional que han recogido antropólogos en las últimas décadas en el seno de comunidades indígenas o negras. El volumen *Literatura guaraní del Paraguay* o el de *Literatura quechua*, este último haciendo una recorrida de la producción oral desde la conquista hasta perío-

dos recientes, y el primero atendiendo a una producción sólo conocida en este siglo, son algunas muestras del interés por la creatividad de esos sectores sociales oprimidos o dejados de lado.

Es obvio que por esta misma vía serán reconocidos como partes importantes de la cultura latinoamericana de todos los tiempos, los repertorios folklóricos de las distintas áreas que ya han tenido parciales recopilaciones. Esos materiales sirvieron de precioso instrumento cognoscitivo para que amplios grupos sociales, preferentemente campesinos, expresaron su concepción del mundo. La dominante tradicionalista y conservadora que los distingue, no impidió sin embargo que dentro de su cauce se registraran los sucesivos cambios históricos, los que fueron adaptados a las líneas rectoras de interpretación del mundo que esos grupos conducían. La valoración artística de este voluminoso material es ya antigua y se remonta a la época romántica. Pero ella no se ha extendido suficientemente a la similar producción de los sectores urbanizados, ya letrados ya analfabetos, que se incorporaron a la modernización de fines del siglo pasado a través de las nuevas corrientes ideológicas procedentes de Europa. Un libro como *Utopismo socialista*, no sólo registra los proyectos utópicos que intentaron ponerse en práctica entre 1830 y 1893 en América Latina, sino también las concepciones morales y artísticas con que concebían la sociedad futura los grupos

de obreros educados. Este volumen, como el proyectado sobre *Pensamiento anarquista* que lo prolongará hasta entrado el XX, implica la revalorización y dignificación de esta productividad intelectual de estratos no cultos, la cual productividad intelectual de estratos no cultos, se ha continuado y ampliado a lo largo del siglo actual.

3. En la medida en que la comarca que llamamos América Latina es un producto mestizo con plurales aportaciones, autóctonas o importadas, surgida de la expansión de la civilización europea, la cultura que ha proporcionado no fue sólo la obra de los nativos sino también de numerosos extranjeros que se integraron definitivamente al medio o compartieron temporalmente sus vicisitudes, contribuyendo en uno y otro caso a una construcción colectiva y universal, donde la obra de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, sobre los episodios de la conquista de Chile, como la obra de Juan Ruiz de Alarcón desarrollada toda en Madrid y no referida a temas americanos en general, se consideran parte indispensable de la creatividad americana e hitos destacados de su evolución histórica.

Estos principios se han aplicado en la Biblioteca Ayacucho en forma sistemática, no sólo para el período colonial, sino también para épocas más recientes. Si en el primero se ha reconocido el interés que presenta la obra de cronistas de origen extranjero, que escribieron en sus lenguas nativas, como es el ca-

so de Frezier o Schmidel, entre tantos otros, en los subsiguientes siglos se ha reconocido la jerarquía de estas contribuciones: así en el siglo XVIII ya ha sido incorporado un primer título del sabio alemán Alejandro de Humboldt, las *Cartas americanas*, a las que seguirán otras de sus obras claves y en el siglo XIX se ha procedido a la publicación de nuevas traducciones españolas de la novelas inglesas de William Hudson. *La tierra purpúrea* y *Allá lejos y hace tiempo*, capitales para el mejor conocimiento del campo rioplatense.

Es bien sabido que la realidad americana ha sido investigada, descrita o traducida en obras de ficción, por numerosos autores extranjeros que para ello utilizaron sus propias lenguas. Algunas de sus contribuciones han tenido honda huella formativa en la evolución de las distintas áreas latinoamericanas y han sido muchas veces útiles para objetivarlas a los ojos de sus ciudadanos o, en los casos en que comportaron gruesas distorsiones, para enfrentarlas y proceder a la propia autodefinición en oposición al discurso externo. En ambos casos ha habido una utilización eficaz del desafío propuesto desde los centros del poder económico y cultural cuyas pulsiones recogió, modificó y reelaboró el continente a lo largo de los siglos.

En estas tareas debe reconocerse la integración de América Latina a la cultura universal, en su vertiente ibérica primeramente, romántica o latina subsiguientemente y por último en una perspectiva más

amplia que conjuga plurales focos de influencia (Estados Unidos, Japón, Rusia) según los autores, áreas diferentes de la región, momentos históricos. El reconocimiento de esta pertenencia, ya defendida por Antonio Caso, nada resta a la peculiaridad original de sus manifestaciones ni a los sabores propios y específicos de sus variadas zonas internas. Testimonia, sin embargo, que esta cultura no está segregada del conjunto universal, ni puede abarcarse fuera de los parámetros del pensamiento desarrollado en sus diferentes metrópolis. La tendencia autárquica no es sólo inviable sino también suicida y en último análisis corresponde a una actitud retrógrada o conservadora. La importancia cuantitativa y cualitativa de la aportación cultural latinoamericana deriva no sólo de sus fuentes interiores sino también de su manera desenvuelta de apropiarse de las invenciones externas, trasmutándolas y consustanciándolas consigo misma.

4. Publicar una biblioteca de la cultura latinoamericana implica desarrollar, objetivamente a través de los volúmenes, un discurso intelectual sobre la región. Uno de sus puntos centrales es el afán de integración que, para llevarse a cabo, obliga a luchar contra una fragmentación e incomunicación que ha durado siglos. Debido al evolutivo sistema administrativo de la colonia, al régimen monopólico de la Corona española y de la portuguesa, a los conflictos entre ambas, a la subsiguiente fragmentación derivada de

las guerras de independencia, a la intervención imperial dirigida a consolidar las divisiones internas y a fortalecer las separaciones, y por último a las intervenciones económicas monopolistas, en América Latina todo ha conspirado desde los orígenes para dificultar la comunicación interna y desarrollar un común espacio cultural. Debe agregarse a eso que la vastedad y variedad del continente y las singularidades zonales derivadas de múltiples factores (étnicos, geográficos, económicos, etc.), han propiciado la formación de áreas culturales específicas, perfectamente legítimas, cuya aproximación no es fácil a pesar de disponer de lazos históricos, lingüísticos, religiosos o políticos bastante considerables.

Todo esto ha contribuido a frenar la construcción de un discurso cultural integrador, sustituido por otros de tipo nacional o regional, y si en ciertas disciplinas como economía o sociología, se ha avanzado visiblemente en las últimas décadas, no ha ocurrido lo mismo en disciplinas humanísticas, en el arte, en la música, etc. Quizás el mejor ejemplo de esta elusiva integración, está representado por el Brasil: siendo el país más extenso del continente, el que por su población representa la tercera parte de los hombres latinoamericanos y un país que ha desarrollado con sorprendente armonía desde el siglo XVIII una evolución cultural constante, amplia y original, se ha mantenido al margen de los países hispanoamericanos

Lima, 25 de febrero 1976

Angelito:

Te acuso de haberme escrito una carta que empieza con: acuso recibo de tu carta.

Con ella, vino el contrato para redactar el Prólogo a Casa Grande e Senzala, que te devuelvo firmado. No sé cuando quieres que te lo mande, pero ya estoy en él, sufriendo mucho en releer a Gilberto y divirtiéndome algo ~~para~~ generar el texto inteligente y provocativo que pides.

Anota para tu información que, los derechos de Las Américas y la Civilización me pertenecen, incluso los de la traducción. Su editor corriente ahora ya no es Boris De Ceal sino, Extemporáneos de México, que deben lanzar una nueva edición en los próximos meses.

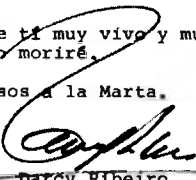
Me gustó mucho la idea de que yo podría ayudarte a establecer la lista de los títulos brasileños de la BIBLIOTECA AYACUCHO y de encontrar y contactar los prologuistas para ellos.

Como vuelvo a Brasil, en junio próximo, podré ocuparme de esto con mucho gusto y provecho. Esto último es muy importante, dado que vuelvo esperando apenas que me dejen vivir tranquilo allí, pero sin ninguna perspectiva de trabajo. En este sentido, un contrato para asesorarte, me caería muy bien. Porque no me invitas a ir a Caracas para discutir esto contigo?

¿Qué dices tú de que te van a operar? ¿Y, que piensas hacerlo en Caracas?

Escribeme, preciso de tí muy vivo y muy lúcido hasta octubre de 1983, cuando moriré.

Abrazos para tí y besos a la Marta.


Darcy Ribeiro

Angel Rama
Director Literario BA
Apartado Postal 2122
Caracas, VENEZUELA

Oficina Regional OIT
Apartado 3638
Lima 1
PERU

LOS PICOS, 811 - SANTA BEATRIZ - TELEFONO 22-7000 - LIMA - PERU

45/1304
287/1758

Carta de Darcy Ribeiro dirigida a Ángel Rama acerca de su colaboración con Biblioteca Ayacucho.

con muchos de los cuales mantiene fronteras comunes, que lo han visto con sentimientos oscilantes, de distancia, de temor, de reticencia. Ha habido notorios avances en la integración económica o cultural de diversas áreas, como la de los países centroamericanos o los andinos, favorecida por la comunidad de lengua y de costumbres. No la ha habido igual entre el Brasil e Hispanoamérica, que son los dos hemisferios capitales de América Latina.

De ahí que la Biblioteca Ayacucho haya concedido especial atención a la cultura brasileña, actuando en varios casos como introductora al español de autores (Mario de Andrade, Oswald de Andrade, Lima Barreto, entre los del siglo XX) y procurando que una producción tan extensa, diversificada y calificada como la del Brasil tenga en la colección una representación acorde a esos méritos. Este esfuerzo busca enriquecer la cultura hispanoamericana dentro de la cual se difunde la Biblioteca Ayacucho, acercándole productos de alta jerarquía de la zona vecina (y desconocida) de habla portuguesa, y al mismo tiempo funciona como un desafío a la cultura brasileña, la que debería intentar una tarea semejante de difusión sistemática de las letras, la filosofía, la historia hispanoamericana, respecto a las cuales se encuentra en mora. Los organismos oficiales del Brasil han cumplido una tarea de tipo tradicional, consistente en la difusión de las producciones intelectuales del país dentro de los paí-

ses hispanoamericanos, pero no han encarado la auténtica tarea integradora que implica difundir conjuntamente las aportaciones de toda la América Latina colocándolas en un mismo nivel.

Si la Biblioteca Ayacucho se propone un esfuerzo integrador al Brasil, con más razón debe llevarlo a cabo respecto a países o regiones de la propia Hispanoamérica que no han disfrutado de una comunicación intelectual intensa con el resto de la comarca. Es el caso de Puerto Rico que debido a las condiciones políticas en que ha vivido desde la ocupación norteamericana de 1898, se ha encontrado escindido del ambiente cultural al que pertenece y que es, obviamente, el hispanoamericano. Las dos obras ya publicadas, *La charca* de Zeno Gandía y la primera edición de *Poesía completa* de Luis Palés Matos, a las que seguirá próximamente un volumen resumiendo los ensayos de Antonio Pedreira y Tomás Blanco, bajo el título *Interpretaciones de Puerto Rico*, testimonian esta atención por la recuperación para la gran comarca hispanoamericana, de la cultura puertorriqueña.

Pero hay otro nivel más complejo en que se sitúa este afán de integrar el discurso cultural latinoamericano. Consiste en la presentación conjunta de vastos movimientos intelectuales o políticos que fueron vividos contemporáneamente por todos los países del continente aunque a la vez separadamente, sin percibir la conexión en que actuaban. Dos ejemplos

ilustran este esfuerzo intelectual para integrar, retrospectivamente, las tareas intelectuales que fueron vividas por separado, dentro de los campos regionales o nacionales, a pesar de que se trataba de vastos procesos que afectaban por igual a prácticamente todos los países: se trata del pensamiento de *La Emancipación*, dos tomos preparados por el historiador José Luis Romero y el *Pensamiento positivista*, dos tomos preparados por el filósofo Leopoldo Zea. Son dos momentos claves del siglo XIX, en que toda América Latina enfrentó un desafío externo y procuró encontrar dentro de ese cauce la vía propia y original de avanzar, reforzando sus estructuras nacionales. La lectura de muchos de esos textos, más en el primero que en el segundo de los casos, permite medir la incomunicación en que se encontraban hombres que trabajaban simultáneamente para un mismo fin. Su reunión, ahora, actúa como una lección para las generaciones presentes, acerca de la considerable cuota de problemas comunes que mexicanos y argentinos, venezolanos y brasileños, están encarando, a veces sin saberlo. Esta línea de volúmenes que realizan, prácticamente, el principio de integración de la cultura latinoamericana, no es de fácil realización. Aún se cuenta con escasos estudiosos capaces de visiones conjuntas, documentadas y solventes.

Además, existen áreas donde la fragmentación ha alcanzado a los mayores extremos, debido a condi-

ciones históricas especialmente aciagas. Es el caso del área antillana o caríblica que ha sufrido más que otras las exacciones imperiales y donde el rosario de islas se duplica con otro rosario de lenguas y culturas, dificultando enormemente la factibilidad de un discurso coherente y global capaz de abarcar culturas de lengua española, francesa, inglesa o neerlandesa, a pesar de los esfuerzos que de Arciniegas a Knight han procurado la reunificación histórica.

5. La visión panorámica de la historia cultural del continente en estos casi cinco siglos, revela un constante enfrentamiento de sectores sociales portadores de distintas propuestas culturales. Sus luchas, triunfos y derrotas, componen un complejo campo de fuerzas de donde emerge la zigzagueante línea que va trazando el perfil original de América Latina. Aunque con una concepción binarista, más propia del funcionamiento mental que de la variedad de proposiciones culturales que objetivamente actuaron en las sociedades del continente, se han reducido estos enfrentamientos a juegos dicotómicos (criollos vs. peninsulares. liberales vs. conservadores, etc.), la historia de la cultura americana se nos aparece como una resultante donde la invención original de las nuevas generaciones o corrientes de pensamiento se asienta sobre poderosas tradiciones y acumulaciones del pasado.

Eso exige el reconocimiento de la pluralidad de contribuciones que conforman esta cultura original,

Benjamín Carrión

Quito, marzo 11 de 1976

Señor Angel Rama,
Director Literario de la
Biblioteca Ayacucho.
Caracas.

Mi querido Angel:

Por medio de la valija diplomática, temeroso del retardo postal, te hice llegar mi respuesta a tu pedido de encargarme del prólogo y selección del Tomo sobre Montalvo.

Lo he cumplido, casi con exceso, pues te pedi dos meses de plazo y me he adelantado. Me diste un tope de 80 páginas, y me he pasado con algunas por la Bibliografía, que quise sea completa.

En cuanto a la selección, creo que debe hacerse con algo, no mucho, de SIETE TRATADOS. Bastante de EL COSMOPOLITA, que es lo más montalvino que hay.

Y acaso integras LAS CATILINARIAS. Hay que matar la imagen de un Montalvo gramatiquero y purista - que no lo fue en verdad- en provecho del Montalvo peleador, rebelde, tumbador de tiranos y tiranuelos. Eso sobrevive de Don Juan y eso necesitamos ahora en América Latina, infestada de Garcias Morenos estúpidos y de Veintimillas grotescos. Eso es lo que nos trajo - la rebeldía - Ayacucho. Y Artigas, y Martí y Montalvo.

Las ediciones Garnier Hermanos, son las mejores para las transcripciones.

No he tenido tiempo de corregirlo, por cumplir. Métele cuchillo por donde quieras. No le puse notas porque, como lector, las detesto. Van 80 páginas de prólogo y 14 de Bibliografía.

Reclámame lo que gustes.
Abrazos,

Benjamín

Carta a Benjamín Carrión acerca de las características que tendrá el volumen de Juan Montalvo en Biblioteca Ayacucho.

Mirta ARLT

Julio 9-1978

A: Angel Rama
Biblioteca Ayacucho
Perú

Querido Angel Rama:

Recibí los ejemplares. No podía creerlo. Me parecía la guerra, la paz por el futuro! Es reusacional por lo completo de cronología y demás. Creo que fue un acierto no "peinarlo". Pocos autores pueden escribir así y ser grandes escritores.

En tren de hacer observaciones, diría q' la tapa no me convence. Podría servir para cualquier escrito. Pero se trata de una edición estupenda. Es de esperar que el lector no se asuste por el tamaño y lo compre.

El Trabajo de Adolfo Prieto tiene el ajuste y responsabilidad que le son característicos. No tengo su dirección para escribirle, si la averiguo lo haré.

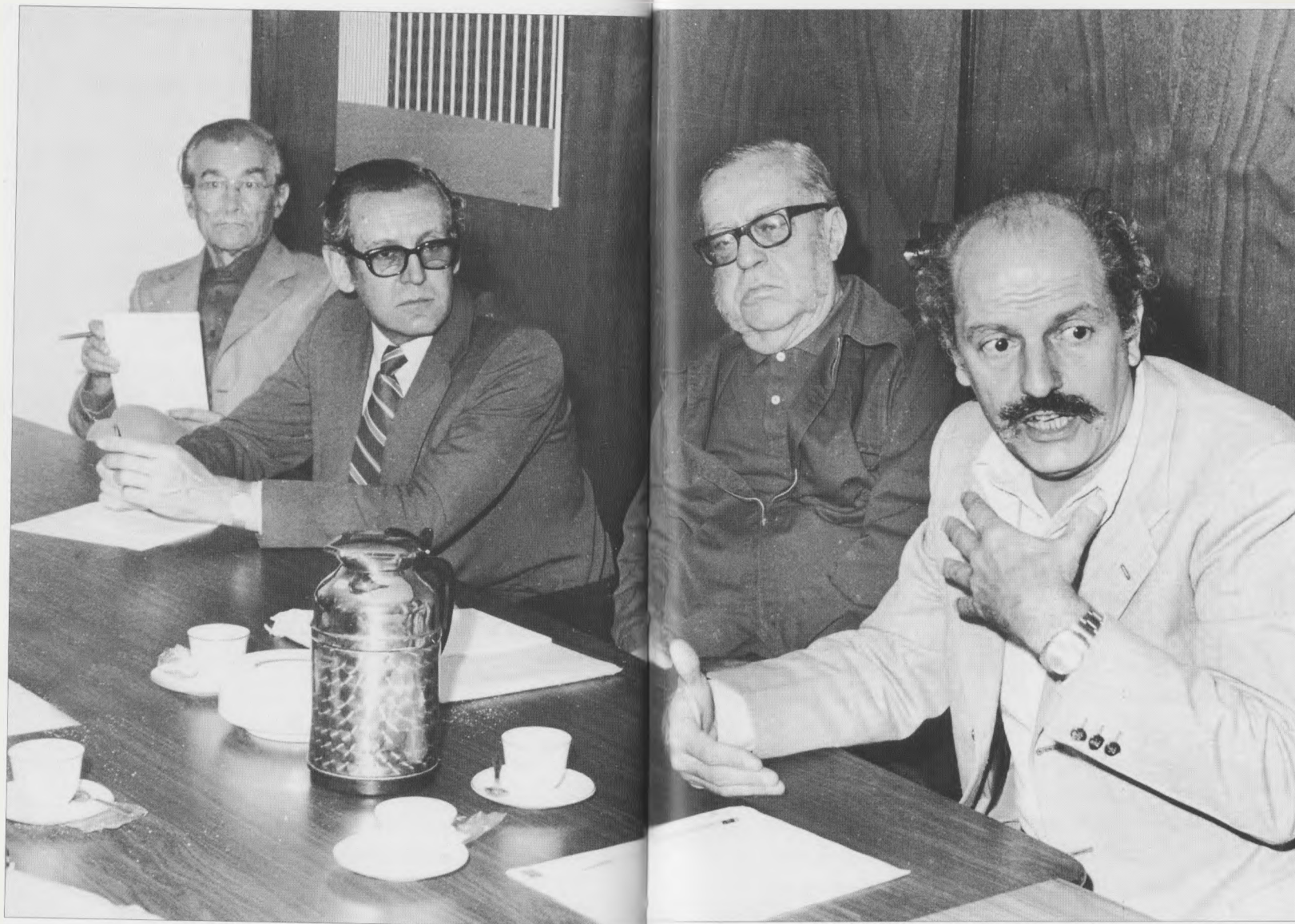
Solo me resta agradecer a Ud. y a los que estuvieron a cargo de la edición. Lo tengo que hacer yo, perdón, porque mi padre no está. Cordialmente

Mirta Arlt

Carta de Mirta Arlt a propósito de la obra del escritor argentino en Biblioteca Ayacucho.

por lo cual el testimonio que del pasado ofrece la Biblioteca Ayacucho es igualmente plural, buscando dar una visión equilibrada de las enfrentadas propuestas ideológicas, artísticas, educativas. Una división tan gruesa como la testimoniada por el siglo XIX, exige tanto la presencia del *Pensamiento liberal* como la del *Pensamiento conservador*, aunque al mismo tiempo, para completar la riqueza del cuadro, también el pensamiento del utopismo y anarquismo o el poderoso conjunto del pensamiento positivista. Y del mismo modo, en la conclusión del siglo y en el comienzo del XX, tanto la línea revolucionaria que propugnan José Martí o Manuel González Prada, como la atemperada de los arielistas, de José Enrique Rodó a Francisco García Calderón y la empeñada en la lucha social que representa cabalmente Rafael Barrett. Ninguna de ellas ha agotado enteramente su vigencia y, en una u otra vertiente o transformación, siguen componiendo el tejido contradictorio de las actuales sociedades.

El reconocimiento de este amplio espectro de proposiciones, que deben ser atendidas e incorporadas por la representatividad que tuvieron en su tiempo y por la incidencia que conservan en la composición cultural latinoamericana, no impide la detección de algunos caminos centrales, dominantes, del pensamiento latinoamericano, los cuales sostienen su misma existencia y desarrollo. En ese sentido, algunas



Ángel Rama, Luis Alberto Sánchez y otros intelectuales en una de las reuniones iniciales de Biblioteca Ayacucho (Cortesía Archivo CONAC).

grandes polémicas del pasado, marcaron líneas tendenciales básicas de la construcción cultural latinoamericana, rotando la mayoría de ellas sobre la situación de los pueblos autóctonos americanos, sus derechos y cualidades, que sirvieron de piedra de toque para afirmar tanto la viabilidad como la dignidad de una cultura propia. Las tesis contrapuestas de Juan Ginés de Sepúlveda y de Bartolomé de Las Casas en el XVI, como las de De Pauw y de Xavier Clavijero en el XVIII, van constituyendo una doble vertiente: la del cauce donde se afirme la personalidad americana y la de aquel donde se la niega o denigra. Es obviamente el primero el que asume un proyecto cultural como es el de la Biblioteca Ayacucho, lo que determina el encuadre general de la colección: por variadas que sean las contribuciones culturales que el proyecto recoge, todas ellas quedan dentro de la afirmación de América Latina tanto en cuanto objetiva realidad cultural como en su carácter de voluntaria proyección al futuro.

Quedan fuera los discursos denigratorios y los sucesivos intentos de los imperios para someter su soberanía y su impulso creativo, en tanto que sí, son incorporados los más variados discursos intelectuales, los cuales, a pesar de sus divergencias, coinciden en una afirmación positiva de la cultura latinoamericana.

Estos cinco puntos no agotan los rasgos definitorios de la Biblioteca Ayacucho pero sí sirven para

diseñar el papel que pretende desempeñar como instrumento de integración cultural latinoamericana, tal como lo reclaman los considerados de su decreto de creación.

Latinoamérica: Anuario de Estudios Latinoamericanos N° 14, Universidad Nacional Autónoma de México, (1981): 325-339.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. *Oscar Rodríguez Ortiz* p. 7

EL REPERTORIO AMERICANO. Prospecto p. 21

Rufino Blanco-Fombona

EL LIBRO ESPAÑOL EN AMÉRICA p. 31

Ángel Rama

LA BIBLIOTECA AYACUCHO

COMO INSTRUMENTO

DE INTEGRACIÓN CULTURAL

LATINOAMERICANA p. 63

Este libro se terminó de imprimir
el mes de mayo de 2004
en los talleres de Editorial Arte.
Caracas, Venezuela.



BIBLIOTECA



AYACUCHO